

*El pueblo contra la clase: populismo legitimador) revoluciones y sustituciones políticas en Cataluña (1936-1939)*¹

Enrie Ueelay-Da Cal

Universitat Autònoma de Barcelona

«Como sabe, esta ciudad [Barcelona] puede enorgullecerse de mantener relaciones particulares con el ideal político del progreso».

[El personaje «5ettembrini» a «Hans Castorp», protagonista de la novela *La montaña mágica* (1924) de Thomas Mann]

Puede que no haya tema contemporáneo tan rígidamente codificado por la historiografía como el de la política española durante 1936-1939. Vista a través de los altibajos de la retaguardia republicana, la guerra civil sigue petrificada en el recuerdo ideológico e historiográfico como un conflicto revolucionario *puro*, en el que aparecen las opciones revolucionarias de la lucha de clases enfrentadas entre sí con una claridad inusual en los por otra parte turbios eventos del siglo xx. Mucho tiempo después de que hayan desaparecido todas las referencias contextuales, incluso una década después del fin de la Unión Soviética, el conflicto español mantiene vivo su interés, como una llama simbólica cuidada por historiadores felices de permanecer fieles a un supuesto compromiso. La tendencia a considerar

¹ Este ensayo es una versión larga de un texto escrito en inglés a petición de los profesores Michael Richards y Christopher Ealham. Su redacción ha sido posible, en parte, gracias al Programa Sectorial de Promoción General del Conocimiento, Ministerio de Educación y Ciencia, DGYCIT: Proyecto núm. PB 96-1150. A lo largo del texto, los términos «clase» y «Pueblo» aparecen respectivamente en minúsculas y mayúsculas, sin mayor implicación conceptual que la que marca la usanza habitual de ambas palabras.

los hechos españoles como excepcionales, prejuicio común tanto dentro como fuera del país, siempre ha parecido justificada por la originalidad aparente de anarquistas y anarcosindicalistas, tan claramente fuera de sintonía respecto a las tendencias dominantes (socialistas o comunistas) que definieron la izquierda europea de 1917 a 1991, y, en cambio, protagonistas destacados del estallido del verano del 1936. Barcelona, una ciudad que desde los últimos años del siglo XIX se había ganado la reputación de foco revolucionario incandescente, fijó su renombre en la memoria colectiva del mundo industrializado como el centro del experimento social más atrevido del siglo XX.

Las tesis interpretativas sobre la contienda española y los vaivenes de la causa republicana han seguido en gran medida las pautas de la propaganda justificativa de los dos bandos y sus corrientes respectivas, con clara ventaja para las enfrentadas tesis de las diversas izquierdas. La evolución de la Segunda Guerra Mundial, primero, y de la «Guerra Fría», después, dieron reconocimiento sucesivo a los principales razonamientos explicativos de las contrapuestas y enemistadas líneas políticas izquierdistas². En la explosión de «historia social» que acompañó a la «nueva izquierda» en los años sesenta, la herencia ideológica de la década de los treinta -especialmente, los debates de la «vieja izquierda» sobre la validez del Frente Popular o su inherente traición a la revolución social- fue moldeada según los patrones de la presentación académica. Este proceso ha afectado tanto a la generación de hispanistas extranjeros como a la historiografía española en su conjunto: siendo de nueva creación, nacida en los años sesenta, la historia contemporánea en España estuvo estrechamente ligada a la conveniencia de la sociología marxista y al sentido militante del antifranquismo³. Como consecuencia directa, las líneas de ruptura *clasistas* de la sociedad española y/o catalana han sido aceptadas como una evidencia, en vez de como un supuesto para ser explorado.

El convencimiento historiográfico acerca de la centralidad de la lucha de clases en la «revolución española» es tan fuerte, y ofrece tal convicción de clarividencia, que posibles explicaciones alternativas

² UCELAY-DA CAL, E.: «El concepto de "vida cotidiana" i l'estudi de la Guerra Civil», *La Guerra i la Revolució a Catalunya, 1936-1939*, monográfico de *Acacia*, núm. 1, 1990, pp. 51-74.

³ UCELAY-DA CAL, E.: «La historiografía en Cataluña (1960-1980): marxismo, nacionalismo y mercado cultural», *Historia y Crítica*, núm. 1, 1991, pp. 131-153.

parecen sobrantes y, cuando surgen, son recibidas con una sorprendente hostilidad, tanto entre los investigadores españoles (y, en especial, entre el enjambre de historiadores locales), como, hecho más sorprendente, entre los estudiosos extranjeros aficionados a tales lides. En general (y descontando algún trabajo excepcional en su enfoque como el de Michael Seidman) las tendencias que, en historia social, han apuntado hacia una renovación de criterio en temas como el desarrollo del movimiento obrero, han pasado por el costado sin afectar las certidumbres en lo más mínimo, tanto dentro como fuera de España⁴. Si, con esta descripción, a alguien le parece que aquí se monta un «hombre de paja» historiográfico, un pelele conceptual listo para la voltereta, que se pregunte a quién -más allá de los directamente traumatizados, con sus carnes pilladas en el recuerdo, y de los que, extranjeros o hispanos, siguen creyendo que fue «la última gran causa»- le preocupa un tema relegado, por el peso de los hechos, al baúl de la historia del siglo pasado⁵.

Este ensayo sostiene que, más de setenta y cinco años después de los hechos, resulta difícil defender intelectualmente un ambiente historiográfico tan conservador, tan retentivo y amante de los tópicos sobre la lucha pasada. Dicho de otra manera, el estudio de la guerra civil adolece de su incesante politización; reducida a cuestión historiográfica en su sentido estricto, es una temática que, en tan avanzada fecha, requiere sería reinterpretación a la luz de conflictos intestinos más o menos similares a los acaecidos desde entonces en muchas partes, y sometidos a análogas intervenciones externas, que le restan brillo y singularidad al caso español. El hecho de que esto no sea así, de que pueda aislarse la guerra española de las analogías inconvenientes, demuestra hasta qué punto la insistencia historiográfica es el reflejo de *una lucha por la legitimidad política* todavía en vigor.

La especial experiencia catalana y el protagonismo de Barcelona

A pesar de la dudosa naturaleza de los discursos españoles sobre el excepcionalismo patrio, la política catalana *fue* en efecto diferente,

⁴ Véase, como indicio del debate historiográfico ignorado, JOYCE, P.: «The End of Social History?», *Social History*, vol. 20, núm. 1, enero de 1995, pp. 73-91. También, por la alusión, SEIDMAN, M.: *Workers Against Work. Labor in Paris and Barcelona during the Popular Fronts*, Berkeley, University of California Press, 1990.

⁵ Tomo la expresión de WEINTRAUB, S.: *The Last Great Cause. The Intellectuals and the Spanish Civil War*, Nueva York, Weybright & Talley, 1968.

al menos durante los años treinta, como testimonia la existencia de un sistema político subsidiario, pero excepcional, establecido en 1931 de manera simultánea y casi paralela con el régimen republicano, y formalmente reconocido como un gobierno regional autónomo con su propio Parlamento y poder legislativo a partir de 1932. Tal como los catalanes de toda ideología deseaban explicarle a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharles, varias corrientes de particularismo nacional y social habían dado a la región un carácter único. Barcelona era una metrópolis, entonces la ciudad más grande de España, en competición amarga con Madrid por el predominio. Acostumbrada a recibir inmigración de las regiones vecinas y, además de su propio *hinterland* interior, Barcelona era un anti-Madrid, el foco de todas las ideas de oposición en la política española y algo así como el «París del sur», punto de entrada para las ideas y modas europeas ⁶. Las tierras bajas catalanas eran un espacio sólidamente industrial, desde la primera parte del siglo XIX tradicionalmente de izquierdas, pero «la montaña» se mantenía conservadora y atrasada, a pesar de los aislados focos fabriles o mineros ⁷.

Puede que, como resultado de tales contradicciones, la circunstancia catalana fuera una combinación exaltada y casi indescriptible de nacionalismo y sentimiento libertario, que combinaba deseos por alguna suerte de autodeterminación colectiva y un sentido claro en los negocios, una suspicacia imborrable hacia el Estado español y una confianza desmedida en la bondad superior de la sociedad civil, todo conjugado con una fuerza de convicción tan enfática que producía claros resabios de religiosidad aun cuando se expresara mediante un ateísmo convencido o un anticlericalismo militante. Tales sentimientos atravesaban la sociedad de modos que se comunicaban por encima o por debajo de las diferencias sociales. Sólo un criterio

⁶ UCELAY-DA CAL, E.: «Llegar a capital: rango urbano, rivalidades interurbanas y la imaginación nacionalista en la España del siglo XX», en MORALES MOYA, A. (coord.): *Ideologías y movimientos políticos*, Madrid, España Nuevo Milenio, 2001, pp. 221-263; reeditado, como texto revisado, Working Paper 137, Barcelona, Fundació Rafael Campalans, 2003; esta versión es accesible en <http://www.Jundaciocampalans.com>.

⁷ Sin entrar en la compleja cuestión de las colonias industriales (si son una cuña urbana en la «montaña» catalana o una ruralización del ámbito urbano), sobre el contexto general mediterráneo de las zonas de «montaña» es en extremo sugerente McNEILL, J. R.: *The Mountains Of the Mediterranean World: an Environmental History*, Cambridge (UK), Cambridge University Press, 1992.

minoritario, por ejemplo, manifestaba confianza en cualquiera de las posibles encarnaciones de «España», pero también era una minoría la que conscientemente defendía la separación. Existía un tozudo sentimiento de fondo que dictaba que solamente los catalanes (incluidos los inmigrantes aclimatados) sabían cómo tratar correctamente los temas propios. De hecho, una mayoría pensaba que sólo los catalanes tenían aptitudes prácticas para resolver cualquier tema económico o político, un estilo franco que contrastaba con las dilaciones presuntuosas constatables en Madrid o, póngase por caso, en Sevilla. Al mismo tiempo, un especial y agresivo sentido del humor, cargado de irónico sarcasmo y fantasía, parecía saturar toda la zona: los surrealistas, que abundaban en los años treinta, argumentaban que su estilo era tan sólo el «arte racial catalán», sencillamente la manera local de ver las cosas⁸. Fuera de Cataluña, para decirlo con suavidad, la mayoría de los españoles no seducidos por la atracción de Barcelona estaban de acuerdo en lo pesado que resultaba tratar con gente tan terca y displicente. A los catalanes, por su parte, tal reacción les parecía el más vulgar de los prejuicios⁹.

Este conjunto de perspectivas e ilusiones compartidas fue el fundamento de toda política de masas en Cataluña. Los alineamientos modernos se centraron naturalmente en Barcelona, si bien las plataformas políticas urbanas nunca consiguieron antes de la llegada de la República en 1931 el control electoral de la periferia más lejana: las tierras altas de Lérida y Gerona, las ciudades rivales de Reus y Tarragona y el delta del Ebro más al sur¹⁰. La racionalización del mercado de trabajo en la metrópolis creciente centró la política catalana durante las tres primeras décadas del siglo xx. Este proceso marcó la secularización definitiva de la sociedad catalana, relegando en la práctica la organización tradicional religiosa del orden social que había estado en el corazón de las guerras civiles del siglo xix. Sin embargo, ni la regresión estructural de la antigua hegemonía católica, ni su pérdida de relevancia presuntuosa, consiguieron frenar el fervor del sentimiento anticlerical que estalló con ferocidad en las barricadas barcelonesas del verano de 1909. En contraposición,

⁸ Véase GASCH, S.: *L'Expansió de l'art català al món* (Barcelona, s. e., 1953).

⁹ FERRER I GIRONÉS, F.: *Catalanofobia. El pensament anticatalà a través de la història* (Barcelona, Edicions 62, 2000).

¹⁰ BALCELLS, A.; CULLA, J. B., y MIR, C.: *Les eleccions generals a Catalunya de 1901 a 1923* (Barcelona, Fundació Jaume Bofill, 1982).

la presión laicizante tampoco pudo parar el intento sostenido y expansivo de una revitalización católica gracias al asociacionismo cívico. De cualquier manera, las opciones sociopolíticas dominantes, nacidas con el cambio de siglo, ya no eran abiertamente religiosas; pero, como reza el dicho español, «la procesión iba por dentro»: la religión encontró formas profanas de expresión ¹¹.

Empezando con su manifiesta politización en 1901, el nacionalismo catalán introdujo, como ideal, un nuevo modelo de administración regional, que había de nacer de la devolución autonómica y se llevaría adelante en idioma catalán para mostrarse capaz de substituir a la incurable burocracia central en la oferta de mejores servicios (como la educación) y, por lo tanto, de constituir un medio de promoción social. Era un vivo proyecto de futuro argumentado con imágenes o metáforas propias de un pasado ancestral entre imaginado y redescubierto. El proteccionismo cultural catalanista -abrigo que se ofrecía muy especialmente a los inmigrantes internos catalanes que llegaban desde el campo a la gran ciudad- enfureció a aquellos oficiales del ejército de talante más militarista, que consideraban que Barcelona debía crecer como una ciudad explícitamente española y que, a partir de 1905, se erigieron como guardianes de los intereses de los funcionarios venidos de otras partes de España. En 1907, como respuesta a las pretensiones del catalanismo y en rivalidad relativa con los militaristas, los radical demócratas, seguidores de Alejandro Lerroux, se hicieron portavoces de una llamativa combinación de los funcionarios menores (como los maestros de escuela) y de los profesionales ambiciosos, con claro apoyo obrero y popular, cuya finalidad se anunciaba en términos de una amplia meritocracia en la cual idioma y rango no iban a ser considerados como discriminatorios. Finalmente, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), fundada en 1910 en la capital catalana, se levantó en defensa de los trabajadores manuales y, por extensión, mediante las redes de familia, dependencia y sociabilidad, de los inmigrantes pobres en general; en beneficio suyo, como clientela, el anarcosindicalismo propuso una reorganización drástica de la economía, reclamando al mismo tiempo acceso a la estrecha sociedad civil hasta entonces monopolizada por los catalanistas: el tamaño era importante, en tanto que las pequeñas asociaciones de oficio formaban parte

¹¹ DELGADO, M.: *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antiritualismo en la España contemporánea*, Barcelona, Humanidades, 1992.

de un sistema conocido, un sindicato grande y beligerante era una amenaza que debía ser excluida ¹².

De este modo acumulativo, Barcelona centró el ascenso de los modernos y rivales corporativismos y, al mismo tiempo, fijó el debate español de la viabilidad de la sociedad civil (y, por lo tanto, de la cultura cívica), frente a la intervención del Estado. Pero, de forma simultánea, en los años de la Primera Guerra Mundial y en los inmediatamente posteriores, este mismo protagonismo social barcelonés mostró tener un potencial considerable para generar malentendidos entre las polaridades ideológicas y organizativas que allí se desarrollaban y maduraban; a pesar de las muchas muestras de lo contrario que daba la vida política y social centrada en Barcelona, esta capacidad colectiva para la complicación (para *emmerdar*, en catalán contundente) quedaba tapada por la impresión, muy generalizada entre los catalanes, de que, en el fondo, todo el mundo se entendía y, por ello, acabarían por avenirse. *En los cincuenta años que median entre 1880 y 1930) el escenario catalán fue un espacio de competición entre ofertas ideológicas muy contrastadas) que anunciaban iniciativas administrativas y competencias locales o regionales opuestas) sin que pudieran dilucidarse cuál sería la ganadora. La progresiva formación de una opinión pública catalana durante ese tiempo) por tanto) se fundó en el supuesto de que) en último extremo) los opuestos se atraerían.*

Populismo y revolución republicana

La dictadura del general Primo de Rivera, desde septiembre de 1923 a enero de 1930, anuló las demás alternativas -los catalanistas, los republicanos radicales, los anarcosindicalistas- imponiendo una coalición «provincialista» dirigida por militares y basada en instituciones públicas ya existentes, respaldadas por la preeminencia de la región militar. En consecuencia, durante los años veinte, los anarquistas y anarcosindicalistas se unieron a los separatistas, acaudillados por el ex militar Francesc Macià, quien en alguna etapa financió de hecho a la CNT clandestina. Mientras que los ácratas podían descubrir el sentido que una identidad autóctona establecida tendría

¹² UCELAY-DA CAL, E.: «La iniciació permanent: nacionalismes radicals a Catalunya des de la Restauració», *Actes del Congrés Internacional d'Historia «Catalunya i la Restauració, 1875-1923»*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, 1992, pp. 127-134.

en un futuro confederal, los catalanistas intentaban dar rienda suelta a su hasta entonces no explorada naturaleza libertaria. Ambos podían compartir con los republicanos la convicción de que la monarquía era negativa y de que el tipo apropiado de República -con representación sindical y devolución regional- generaría un auténtico consenso. La caída de Primo trajo el correspondiente colapso de la opción militarista y creó una situación en la cual, por primera vez, las otras tres alternativas podían tantear un acuerdo. La formación en marzo de 1931 de la Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), como plataforma cara a las elecciones municipales finalmente previstas bajo la monarquía, resultó un éxito extraordinario.

La Esquerra tuvo inicialmente como cabeza carismática a Macià, el más destacado enemigo catalán de la dictadura militar. El *cabdill de l'estrella solitaria* junto con anarquistas y anarcosindicalistas (así como con exiliados italianos antifascistas), había intentado una revolución mediante la invasión de Catalunya desde el lado francés de los Pirineos, para acabar frenado por la policía francesa antes de empezar¹³. Su indudable prestigio ocultaba la realidad de un partido improvisado, casi un movimiento, que agrupaba múltiples hilos republicanos y nacionalistas catalanes en una amalgama vistosa pero inestable. Para encabezar la nueva fuerza, Macià tuvo que abandonar un separatismo, que según su oportuna versión, no se dirigía contra una España *republicana*. El 14 de abril de 1931, después de una arrasadora victoria en los comicios municipales, primero el jefe del ala republicana de la Esquerra, Lluís Companys, y luego el propio Macià proclamaron «la República» en Barcelona. Pero, ¿cuál? La incómoda relación entre las Repúblicas española y catalana entonces surgidas tuvo que ser ajustada con posterioridad. No obstante los inconvenientes, la situación catalana, una vez montada, tendió a seguir adelante sin impedimento, especialmente tras el reconocimiento oficial otorgado por las Cortes republicanas al estatuto de autonomía el año siguiente.

La ERC triunfante parecía dar vida así a la mezcla emotiva, a las mismas contradicciones que entonces constituían el fondo de la política catalana. Fundía dos corrientes, nacionalistas y republicanos, y esperaba basarse en una colaboración estable con los anar-

¹³ UCELAY-DA CAL, E.: *Estat Catala: The Strategies of Separation and Revolution or Catalan Radical Nationalism 0919-1933*), tesis doctoral, Columbia University, 1979 (Ann Arbor, University Microfilms International, 1979).

cosindicalistas. El estilo del naciente partido conectó fácilmente con la nueva cultura urbana del consumo, que se fundamentaba en los deportes espectáculo (sobre todo el fútbol) y el cine y sus estrellas, así como en una prensa gráfica barata que reflejaba ambas cosas ¹⁴. La Esquerra se hizo partido gubernamental, garantizada su mayoría por la renovada ley electoral de mayo de 1931 que favorecía la formación de amplias coaliciones: lo que, hasta la aprobación del Estatuto de Autonomía en 1932, había estado meramente implícito se convirtió en realidad con la hegemonía de la ERE en el Parlamento catalán elegido en noviembre de ese mismo año ¹⁵. Esta sesgada situación puede compararse con alguna alternativa del modelo de partido único que empezó a proliferar en los años treinta, especialmente en Latinoamérica' donde tal dominio no necesariamente eliminaba a los partidos rivales y también buscaba el apoyo de los sindicatos obreros. Incluso puede haber ocurrido que el sistema político catalán, muy visible -por estar a la izquierda- entre las autonomías o micro-Estados subsidiarios de Europa, sirviera como ejemplo para tales experimentos latinoamericanos ¹⁶. Al mismo tiempo, la tendencia politológica latinoamericana más formalista y crítica suele considerar el

¹⁴ Sobre el fenómeno de *La Rambla*, la principal publicación de este tipo, primero semanario, luego diario, PALOMO ESCOTE, M. del M.: «*La Rambla*» i el periodisme de masses a Catalunya, tesis de licenciatura, Universitat Autònoma de Barcelona, 1986. El propietario de *La Rambla* fue un diputado de la ERC, Sunyol Garriga, quien significativamente, asimismo, presidió el «Barça», SOLÉ i SABATÉ, J. M.; LLORENS, C., y STRUBELL, A.: *Sunyol, l'altre president afusellat*, Lérida, Pagés, 1996; para el desarrollo de la prensa deportiva PUJADES, X., y SANTACANA, C.: *L'ejport és notícia. Història de la premsa esportiva a Catalunya (1880-1992)*, caps. U-UI, Barcelona, Diputació de Barcelona, 1997, y, por los mismos autores, *Historia il·lustrada de l'esport a Catalunya*, 2 vols., Barcelona, Columna-Diputació de Barcelona, 1995; también, en general, GONZALEZ AJA, T. (ed.): *Sport y autoritarismos. La utilitzación del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, Alianza, 2002.

¹⁵ MOLAS, I.: «Les eleccions parcials a Corts Constituents d'octubre del 1931 a la ciutat de Barcelona», *Recerques*, núm. 1, 1970, pp. 201-226; en general, MOLAS, I. (ed.): *Diccionari dels partits polítics de Catalunya, segle xx*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 2000.

¹⁶ UCELAY-DA CAL, E.: *The Shadow of a Doubt: Fascist and Communist Alternatives in Catalonia, Separatism, 1919-1939*, Working Paper 198, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 2002. La única experiencia ideológica contemporánea comparable, en Europa, a la Cataluña autónoma bajo la ERC fue el gobierno de Léon Nicole en el cantón suizo de Ginebra, REY, M.: *Geneve, 1930-1933. La révolution de Léon Nicole*, Berna, Peter Lang, 1978, y GROUNAUER, M.-M.: *La Genève rouge de Léon Nicole, 1933-1936*, Ginebra, Éditions Adversaires, 1975.

populismo como una oferta ideológica que reclama la intervención fogosa y arremolinada de la calle por encima de la urnas; que valora más la participación que la representación política, o que confunde la multitud y el dirigismo con las «masas» en su mejor sentido orientativo de la estabilidad del Estado asistencial¹⁷. Así, por analogía, la Esquerra y hasta la tendencia más amplia de la izquierda catalana podrían considerarse como una oferta ideológica (populista) comparable a experiencias políticas contemporáneas tales como la del México de Lázaro Cárdenas¹⁸.

Es notoriamente difícil definir el populismo¹⁹. En muchos diccionarios castellanos ni tan siquiera está reconocida plenamente como voz, siendo reducida a adjetivo o confundida con «popularismo»²⁰. Hoy, en los inicios del siglo XXI, los analistas sociales, algo descuidadamente, se muestran partidarios de que el populismo sea catalogado como un fenómeno exclusivamente de derechas. En realidad, a lo largo de los siglos XIX y XX, el populismo fue probablemente más importante como tendencia formativa de la izquierda, expresando dudas acerca del sentido oligárquico del liberalismo clásico, con sus restricciones al sufragio y sus cargos públicos selectivos²¹. Ciertamente, en este sentido, ha sido interpretado como una característica de la democracia radical en la Barcelona de principios del siglo XX²². La tradición marxista-leninista, alimentada por las agitadas batallas dialécticas rusas del fin de siglo XIX y principios del XX, ve en el populismo una vía turbia -por su potencial como desviación del buen camino- hacia la correcta conciencia clasista: como transición, en una palabra. Pero no tenemos por qué creérnoslo²³.

¹⁷ BORJA, R.: voz «Populismo», *Enciclopedia de la Política*, México DF, FCE, 1997, pp. 769-771.

¹⁸ Para una presentación de conjunto, sin excesiva carga ideológica, CONNIFF, M. I. (ed.): *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque (NM), University of New Mexico Press, 1982. Esta idea es desarrollada más extensamente en UCELAY-DA CAL, E.: *The Shadow o/a Doubt...*, op. cit., pp. 25-33.

¹⁹ IONESCU, G., y GELLNER, E. (eds.): *Populism*, Nueva York, MacMillan, 1969; también CANOVAN, M.: *Populism*, Londres, Junction Books, 1981.

²⁰ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, 1992.

²¹ Como indicación, JOYCE, P.: *Visions o/ the People. Industrial England and the Question o/ Class, 1840-1914*, Cambridge (UK), Cambridge University Press, 1991.

²² ÁLVAREZ-JUNCO, J.: *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990.

²³ LENIN, V. I.: *Contenido económico del populismo (1894-1895)*, Madrid, Siglo XXI, 1974, incluido el extenso prólogo de F. CLAUDÍN; sirve como repaso histo-

En términos formales, el «populismo» puede ser entendido como la confianza plena en «el Pueblo», pero al mismo tiempo como un cierto recelo hacia las instituciones representativas, culminando ambas nociones en una llamada a una participación genérica que, como mandato, restaría énfasis a las formas legales de delegación legislativa²⁴. En el caso catalán, mientras que las formas externas del gobierno parlamentario se preservaron gracias a la conveniencia de una permanente tensión idealizada respecto a la política española, a la cual se le otorgaban todos los roles o papeles negativos, el «Pueblo catalán» florecía en su propia organización entendida como auténtica y verdaderamente representativa en un sentido a la vez ciudadano (o individual) y comunitario. Pero, por añadidura, puede concebirse el «populismo» como un *momento* especialmente cohesivo capaz de forzar el realineamiento a largo plazo de un sistema político determinado²⁵. Es más, en un sistema político como el español, marcado de forma secular por la guerra civil periódica y la consiguiente inestabilidad, *(el momento populista pudo convertirse) para el ámbito catalán) en una legitimación alternativa)* más creíble que la «ilegitimidad» que ofrecía la continuidad de los órganos estatales más autónomos, como el ejército, y más accesible que la idea de la representación parlamentaria, siempre condicionada por el espectro de la centralización de «Madrid» y por la disposición de los militares a tumbarla cuando lo considerasen oportuno²⁶. Dicho de otra manera, *más allá de la oferta ideológica de la ERC, la noción de la legitimidad de un sistema político catalán tomó forma entonces como una implícita demanda social) que no era meramente coyuntural) sino que se anunciaba sostenible a largo término) al margen de lo que sucediera en el marco político español.*

Esto es lo que ocurrió en abril de 1931 con el súbito triunfo de una improvisada fusión partidista que sirvió para proclamar la

riográfico más suave WALICKI, A.: *Populismo y marxismo en Rusia*, Barcelona, Estela, 1971.

²⁴ La fluidez del paso del discurso de «Pueblo» republicano a su equivalente anarcosindicalista en CASANOVA, J.: *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 14-17.

²⁵ UCELAY-DAL CAL, E.: «Acerca del concepto del populismo», *Historia Social*, núm. 2, otoño de 1988, pp. 51-74; tomo la idea de un «momento» de GOODWYN, L.: *The Populist Moment. A Short History of the Agrarian Revolt in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1978.

²⁶ HOROWITZ, I. L.: «The Norm of Illegitimacy: The Political Sociology of Latin America», en HOROWITZ, I. L.; CASTRO, J. de, y GERASSI, J. (eds.): *Latin American Radicalism*, Nueva York, Vintage, 1969, pp. 3-28.

República y establecer un reglmen autonómico en Cataluña, que fijó el patrón idealizado de la política catalana para el resto del siglo 27. También debe admitirse que el «populismo» como tal no fue un hecho político reconocido ni en España ni en Cataluña, siendo el término entonces y ahora una referencia propia de la derecha católica española, Acción Popular en los años treinta y Partido Popular hoy. No obstante el relativo anacronismo y la falta de tropismo en el lenguaje ideológico, la realidad de la respuesta masiva a la Esquerra y su acentuado contraste con la política española, en la que algo análogo a la ERC brillaba por su ausencia, requieren un formato analítico y, mientras no se proponga algo mejor, «populismo» parece el concepto comparativo más adecuado.

Un poco de sociología alternativa

Para entender el porqué y el cómo del populismo catalán, aunque sea como hipótesis, es necesario explorar las ambigüedades de interacción entre los alineamientos sociales de Barcelona, así como la naturaleza de la lente interpretativa a través de la cual tales relaciones han sido comúnmente percibidas. Hoy, muchos historiadores siguen tomando las «clases sociales» como algo dado, como un hecho evidente por sí, o sea plenamente establecido. No es así. «Clase», como el propio término indica, es una categoría abstracta impuesta sobre la complejidad propia de la sociedad y de los roles que en ella se establecen. Por añadidura, «clase trabajadora» es una construcción moral, un artefacto conceptual diseñado como mecanismo autojustificador frente a aquellos que, en la medida que no laboran (especialmente de forma manual), pueden ser percibidos como parásitos para la esencia de un futuro progresista. El grado en el cual los trabajadores fueron educados respecto a su inclusión en la categoría clasista deriva de la insistencia obrerista en la «conciencia» y, en último extremo, en el proceso de «concienciación» mediante el cual los proletarios se daban cuenta de su «verdadera» naturaleza interior y de los vínculos externos que ella requería, argumento que tomó su forma más madura en el discurso leninista. Dada la enorme influencia pasiva del marxismo en la reflexión sobre la sociedad del siglo xx

27 UCELAY-DA CAL, E.: *La Catalunya populista: Imatge, cultura i política en l'etapa republicana, 1931-1939*, Barcelona, La Magrana, 1982.

(especialmente después de los años sesenta), clase, una cosificación o «reificación» categórica, se ha hecho axioma incuestionable permitiendo que los historiadores, nunca muy rápidos a la hora de formular preguntas acerca de la teoría recibida, asignaran representatividad en términos de clase a organizaciones determinadas. Como es evidente, el supuesto va mucho más allá de los límites de la conjetura marxista y moldea el pensamiento de investigadores que nunca se caracterizarían como tal cosa. Sin embargo, por muy familiar que tal esquema pueda parecer, el postulado de una «clase obrera» nunca puede ser más que una *hipótesis indemostrable*) agraciada, eso sí, con la ventaja innegable de la simplicidad didáctica.

Pero no es cuestión de reemplazar un término vago, aunque común, con otra locución contemporánea. El «Pueblo» -**en** mayúscula y con su crucial adjetivo «popular»- es otra construcción característica, más antigua que «clase obrera». La idea de un estrato oprimido de trabajadores unidos por una solidaridad intrínseca forjada por su propia situación fue un correctivo decimonónico al ideal radical de las Luces expresado en el famoso «*We the People*» de la Constitución norteamericana. Entre el «Pueblo» genérico estaban aquellos que, por las condiciones bajo las cuales luchaban y vivían, eran «Pueblo trabajador» y, por lo tanto, más santos -según los valores invertidos del radicalismo- que los que prosperaban presumiblemente a expensas de los demás. Con el giro radical, los pobres mercedores, «*the deserving poor*», que antes esperaban la caridad, ahora se convertían en una hueste airada que tenía derecho a todo lo que sus componentes, «desheredados» convertidos en herederos colectivos, podían tomar con sus propias manos. Sucesivas escuelas de portavoces post-radicales establecieron fácilmente la tesis de que «el socialismo», el triunfo de la necesidad colectiva sobre las exigencias individualistas, consistiría en la victoria de la «clase trabajadora» que se convertiría inherentemente en un «Pueblo», una nación en sí misma. En consecuencia, meros ciclos de cambio (la revolución es inicialmente una idea copernicana) no se podían entender más que como una inversión extrema, mediante la cual la parte merecedora de la sociedad devenía un nuevo todo igualitario.

Contrariamente, los pobres *no* mercedores, «*the undeserving poor*», el «lumpemproletariado» marxista, configuraban igualmente una categoría impuesta; sin embargo, resulta que ha provocado más evasión que inclusión. Hablando en general, en la medida que todas

las demás categorías de asociación a gran escala agrupan a los componentes de la sociedad, siempre queda un remanente justificado como «marginal»²⁸. Pero nadie quiere reconocer que pertenece a una «clase criminal»²⁹. O, más correctamente, los únicos que lo harían sería, una vez más, a través de una organización: alguna especie de «mafia» que apelara a un código caballeresco «preburgués» y «preproletario», al tiempo que se mostrara capaz de adaptarse a pautas tanto empresariales como sindicales³⁰. Un observador reciente ha querido interpretar al anarcosindicalismo y a los grupos anarquistas en Cataluña de este modo³¹. Por otra parte, existe la posibilidad de que el impulso más activo no viniera precisamente de los trabajadores con familia –el «proletariado» con su prole, en su sentido originario– sino de quienes, por su relativa libertad de acción personal y social, estaban en condiciones de asumir la militancia revolucionaria en los llamados «grupos específicos» o de acción, una vía que, vista desde fuera, se denominaba «pistolero». En los Estados Unidos y otras partes, la nueva izquierda de los años sesenta idealizó a esta «infra-clase» o «*underclass*» como vanguardia revolucionaria, dada su predisposición espontánea a la violencia: se puede argumentar (si bien ellos disputarían tal interpretación) que determinados historiadores han visto el papel de los grupos anarquistas en Barcelona durante la guerra civil como una expresión anterior de esta misma idea³².

Buena parte de la discusión acerca de la «identidad» en las ciencias sociales, tan abundante en la última década del siglo xx, ha procedido

²⁸ GERMANI, G.: *El concepto de marginalidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973.

²⁹ CHEVALIER, J.: *Classes laborieuses et Classes dangereuses à Paris, a la première moitié du XIX^e siècle* (1958), París, Librairie Générale Française, 1978.

³⁰ LEWIS, O.: «The Culture of Poverty», en TEPASKE, J. T., y FISHER, S. N. (eds.): *Explosive Forces in Latin America*, Columbus, Ohio State University Press, 1964, pp. 149-173. De la extensa bibliografía sobre la Mafia, véase especialmente el debate sobre un enfoque empresarial en BLOK, A.: *The Mafia of a Sicilian Village, 1860-1960. A Study of Violent Peasant Entrepreneurs*, Nueva York, Harper Torch, 1975; GAMBETTA, D.: *La mafia siciliana. Un'industria della protezione privata*, Turín, Einaudi, 1992, y CATANZARO, R.: *Il delitto come impresa*, Milán, Rizzoli, 1991.

³¹ GETMAN-ERASO, J.: *Rethinking the Revolution: Utopia and Pragmatism in Catalan Anarchosyndicalism, 1930-1936*, tesis doctoral, University of Wisconsin, 2001, especialmente cap. III.

³² EALHAM, C.: «Anarchism and Illegality in Barcelona, 1931-1937», *Contemporary European History*, vol. 4, núm. 2, 1995, pp. 133-151, Y GRAHAM, H.: «"Against the State": A Genealogy of Barcelona's May Days (1937)», *European History Quarterly*, vol. 29, núm. 4, 1999, pp. 485-542.

a partir de la errónea SUPOSICION de que el Ser, sea lo que fuere, se construye autónomamente, prescrito o recetado dentro del Yo. En realidad, la imposición de los otros es mucho más determinante de lo que se suele suponer en la configuración de la identidad. Los otros dan validez a una identidad a través del reconocimiento o, más sencillamente, pueden imponerla como exigencia de conformidad. Si el «Pueblo» es una idea elitista con resonancias neoclásicas (el SPQR de todas las neolatinas) que, habiendo adquirido sentido político con Jefferson o Robespierre, se infiltró *de arriba abajo* en miles de acumuladas proclamaciones sonoras, la noción de «clase obrera» ha resultado un reflejo de circunstancias más prácticas y humildes. Los obreros adquirían percepción del colectivo en su barrio y mediante su asociación con otros, semejantes suyos. El barrio obrero era la zona de residencia, pero también el lugar de trabajo, coincidieran uno y otro o no, fueran cercanos el domicilio y la fábrica o no. La semejanza, reflejada por el medio (todos se parecen en el barrio o en el taller), tomaba literalmente cuerpo mediante el ingreso en la grupalidad obrerista, en la cual los correligionarios daban un sentido de orientación y coherencia a la experiencia personal³³. La clave, pues, está en cómo y cuándo la noción de una clase obrera unificada, diferente, se hizo corriente.

Hay fuertes indicios de que, por ejemplo, en el contexto hispano, el mismo término «burgués» fue un neologismo tomado del francés (como parte de un vocabulario más extenso que remitía a la «Gran Revolución» francesa) por el republicanismo extremista en tiempos cercanos a la convulsión de 1868, y, por añadidura, traducido a través del catalán, ya que se escribía frecuentemente «burgés» con tozuda ortografía catalana y no sólo en Cataluña³⁴. Ya antes, entre los años cuarenta y el fin del «Bienio Progresista» de 1854-1856, también en Cataluña, se produjo un importantísimo cambio de percepciones,

³³ Las ideas sobre sociedad urbana de este ensayo se han desarrollado como una especie de diálogo con el profesor José Luís Oyón. Véase OYÓN, J. L.: «Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano», *Historia Contemporánea*, núm. 24, 2002, pp. 9-56, Y OYÓN, J. L. (ed.): *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras*, Barcelona, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 1998. También OYÓN, J. L.; MALDONADO, J., YGRIFUL, E.: *Barcelona 1930: un atlas social*, Barcelona, UPC, 2001.

³⁴ TERMES, J.: «El federalisme català en el període revolucionari de 1868-1874», *Recerques*, núm. 2, 1972, pp. 33-69; le saca más punta a la idea TRIAS, E.: «Patria i ciutat», en *La Catalunya Ciutat i altres assaigs*, Barcelona, L'Àvenç, 1984, p. 30.

que, empezando por las «culturas del trabajo», llegaría hasta los «lenguajes de clase», un proceso en buena medida inspirado en los ajustes al cambio tecnológico, entre operarios «cualificados» y «no-cualificados»³⁵. Pero esta evolución en la manera de concebir la sociedad, que partió de la figura colectiva del asalariado fabril, o «clase jornalera», a la vez arrastró consigo buena parte del repertorio de actitudes artesanales -incluida la relevancia de las relaciones familiares o de confianza y la importancia soberana de la libertad personal- en tanto que el trabajo de éstos se mantuvo o hasta se amplió con la dinámica industrializadora. La densidad asociativa acompañó, pues, a la modernización, como valor añadido o como lastre, siendo encubierta por la creciente concepción unívoca de una «clase trabajadora» que fue tejiéndose a mediados de siglo y sobre todo durante el «Sexenio Revolucionario» y en los años inmediatamente siguientes³⁶. La dinámica que marcó la primera presión sindical entre los comportamientos de la elite laboral, tomados de la jerarquía gremial, y los propios de la «masa» o «multitud» sin cualificar fue cuidadosamente borrada camino de una sindicación corporativa a gran escala, que, con el fin de siglo, llegó a ser ya plenamente «obrerista» e incluso «clasista», sin mayor calificativo³⁷. En el cuarto de siglo que va de 1889 a 1914, la exigencia persistente del cambio tecnológico, especialmente en la industria textil catalana, creó una

Por su parte, el *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia Española no se pronuncia sobre la etimología.

³⁵ BARNOSELL i GENER, G.: «Ideologia, política i llenguatge de classes en el primer sindicalisme, 1840-1870», *Barcelona Quaderns d'Historia*, núm. 6, 2002, pp. 35-59; véase también, del mismo autor, *Orígens del sindicalisme catala*, Vic, Eumo, 1999.

³⁶ ROMERO MARTÍN, J.: «Segmentación laboral y asociacionismo obrero. Barcelona, 1820-1855», *Estudis Històries i Documents dels Arxius de Protocols*, XVII, 1999, pp. 243-289; para los vínculos familiares DUARTE, A.: «Mayordomos y contramaestres. Jerarquía fabril en la industria algodonera catalana, 1879-1890», *Historia Social*, núm. 4, 1989, pp. 3-20.

³⁷ GARCÍA BALAÑÁ, A.: «Indústria i ordre social: una lectura política del treball cotoner a la Barcelona del segle XIX», *Barcelona Quaderns d'Historia*, núm. 6, 2002, pp. 51-73; del mismo un texto inédito: «Sobre "la constitució del proletariat" a la Catalunya cotonera: una cronica materialista de la formació del llenguatge de classe (1840-1890)»>, que resume parte de su tesis doctoral, *La fabricación de la fábrica. Treball i política a la Catalunya cotonera (1784-1884)*, Universitat Pompeu Fabra, 2001. Debo un agradecimiento importante al joven profesor García Balañá por su orientación en todo este tema.

permanente conflictividad de fondo, en tanto que la presión competitiva y los escasos márgenes enfrentaban los intereses de patronos y trabajadores³⁸. Así, en Cataluña como en otras partes, se remachó la noción unitaria de «clase» con la de una identidad simultáneamente victimista y combativa. Como observó un contemporáneo lúcido, el historiador francés Élie Halévy, famoso por su estudio del obrerismo inglés, era un planteamiento que suponía la creencia en dos cosas absolutamente diferentes y hasta contradictorias: la libertad y la organización³⁹. La naturaleza simbólica del conflicto aseguró el hecho de que la unidad pareciera realizarse en ocasiones de alta confrontación' con lo que la historia del «movimiento obrero» -su intra-historia- se narraría como una sucesión de batallas, derrotas y recuperaciones⁴⁰.

En resumen, se ha interpretado el desarrollo de la noción de «clase trabajadora» en función del cambio tecnológico en la industria algodonera, como una construcción conceptual que respondía al despliegue de las formas sindicales; su uso activo, como idea justificadora de una representación colectiva, vendría progresivamente dada a lo largo del siglo XIX, para culminar en los años de la posguerra de la primera contienda mundial. Era una concepción autolegitimadora, que evidentemente se formuló como alternativa a la representatividad política *estandarizada* de «Pueblo»; la «clase trabajadora» era más «popular», más «genuina» que el «Pueblo» en su conjunto, que incluía a otros, como «burgueses» o «pequeño-burgueses». Esta perspectiva enaltecedora se imponía como «conciencia» a cada promoción obrera que se hacía así «obrerista», formando literalmente una identidad especial. Pero, al mismo tiempo, cada hornada laboral, al acceder, en la raya de la infancia y la adolescencia, al marco vital del juego barrio de residencia-barrio de trabajo, con su dimensión social, desde el grupo inmediato de amigos hasta la creciente incor-

³⁸ SMITH, A.: «La guerra de las continuas. Cambio tecnológico y estrategias sindicales en la industria algodonera catalana, 1889-1914», *Sociología del Trabajo*, nueva época, núm. 24, primavera de 1995, pp. 121-151, Ydel mismo: «Social Conflict and Trade-Union Organisation in the Catalan Couon Textile Industry, 1890-1914», *International Review Of Social History*, XXXVI, 1991, pp. 331-376.

³⁹ En general, véase HALÉVY, E.: *A History Of the English People in the Nineteenth Century*, 5 vols., Londres, Ernest Benn, 1961.

⁴⁰ DUARTE, A.: «Entre el mito y la realidad. Barcelona, 1902», y SERRALLON(A.): «Motines y revolución. España, 1917», en BONAMUSA, F. (ed.): *La huelga general*, monográfico de *Ayer*, núm. 4, 1991, pp. 147-168 Y 169-191, respectivamente.

poraciOn a redes cada vez más extensibles de conocidos y «compañeros» de la organización sindical, todo dentro de la creciente gran ciudad, se veía formando parte de un tejido especial barcelonés, cuya intimidad y llano trato estaba dictado por la menestralía y el artesinado urbano y caracterizado por los pequeños talleres.

En una sociedad tan patriarcal como la catalana, la práctica revolucionaria partía con naturalidad de grupos masculinos, siendo entendida la sociabilidad de los hombres como una familia alternativa, a la vez círculo estrecho y relaciones progresivamente ampliadas. Los chicos del barrio reflejaban patrones de vida muy locales y creaban su sistema cerrado de *nois*) *companys* o compañeros, para abrirse a núcleos semejantes en su habitual punto de encuentro, la taberna habitual o el café más frecuentado. Las mujeres, tanto las mayores como las jóvenes, comunicaban asimismo las reglas de la responsabilidad familiar más allá de los vínculos masculinos (*malebonding*)⁴¹. Finalmente, la pertenencia al sindicato transformaba a los jóvenes del barrio en hombres de organización, capaces de desempeñar las tareas requeridas por la «organización confederal» anarcosindicalista. En el paso de los grupos de barrio a una organización más amplia se imponía, se recogía, se asumía y se personalizaba la identidad de pertenecer a la «clase obrera». Esta identidad – y la clase misma existía, por lo tanto, en la medida en que eran un estado mental compartido por todos en ambas direcciones en positivo pero también en negativo mediante la hostilidad; es como si el sentimiento de clase fuera el producto de un rito de paso a la madurez masculina.

En este sentido, clase no era distinta de la identificación nacional, que era igualmente el resultado de redes sociales y formación contextual, afiliación asumida y, por supuesto, de identidad. El alineamiento nacionalista era asimismo una expresión del barrio, determinado por una entidad local que servía como patrón de socialización y *old-boy network* (una red de antiguos compañeros) adecuado para la promoción en los trabajos de «cuello duro» (si bien la inscripción en la CNT no estaba excluida)⁴². Sin que el cruce significara una auténtica complementariedad política, el catalanismo disfrutaba de un fuerte componente de sentido libertario en sus entrañas ideo-

41 TIGER, L.: *Men in Groups*, Nueva York, Random House, 1969.

42 UCELAY-DA CAL, E.: «La iniciació permanent: nacionalismes radicals a Catalunya des de la Restauració», *Actes del Congrés Internacional d'Historia «Catalunya i la Restauració, 1875-1923»*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, 1992, pp. 127-134.

lógicas, en todo lo que se refería al individuo ante el poder y a la visión de las asociaciones en su relación social; mientras, el «libertarismo» (otro concepto político sin asumir por los diccionarios) siempre aceptó como propio el reconocimiento del poder municipal y por ende regional en su frontal rechazo al Estado. *Llegado el siglo xx) la tradición política catalana) fuera por medio del catalanismo o del libertarismo) se edificó sobre una idealización de la sociedad civil y una innata suspicacia ante el poder estatal) ajenas ambas a la larga tradición de la «razón de Estado» hispana. Ambas pulsaciones) por tanto) eran propias de una política de oposición recalcitrante) nada propicias al ejercicio del poder si no era mediante un entusiasmo arrollador que borrara las barreras o desigualdades entre calle e instituciones) representación y participación políticas. El populismo ofreció una base de legitimación alternativa) que se ha mostrado duradera) pero no una visión positiva del poder) ni una educación social en su ejercicio.*

Las agrupaciones de amigos masculinos eran (o son) *calles* o cuadrillas, núcleos cerrados autoprotectores y de plena confianza que servían tanto para el trabajo como para el ocio o la política. Éstas podían encontrarse para charlar en tertulias (un encuentro regular con lugar y horario fijo para el disfrute exclusivo de la conversación) o más productivamente podían recogerse en una *penya* (una unidad social más constructiva que la peña hispana) y tomar la iniciativa, empezar a conectarse con otros núcleos de sensibilidad parecida y montar una organización de mayor alcance. Los partidos y sindicatos catalanes tendían todos a ser redes de *penyes* montadas por *calles*. Esto fue especialmente verdadero en cuanto a los grupos anarquistas que realizaban su peculiar vida política dentro del difuso movimiento libertario y que componían la Federación Anarquista Ibérica (FAI), de hecho, un paraguas coordinador. Estos grupos eran asimismo la oculta estructura organizativa de la CNT. Como hombres de organización (para combinar un giro característico de la CNT con la famosa imagen de burócratas empresariales de William H. Whyte), los militantes de cada grupo podían hacerse cargo de los Comités claves del sindicato anarcosindicalista, del Nacional para España y el Regional para Cataluña, responsabilidades que eran asignadas por consenso a una población determinada, es decir a su grupo o grupos principales, por los correspondientes plenos sindicales⁴³. Aunque a

⁴³ WHYTE, W. H. (Jr.): *El hombre organización* (1956), México DF, Fondo de Cultura Económica, 1961.

primera vista no pareciera así, los republicanos, socialistas y nacionalistas radicales también estaban fragmentados en microgrupos y en la práctica por mecanismos de afiliación indirecta, incluso cuando los estatutos organizativos eran contrarios. En directa consecuencia, la relación entre cuadrillas, peñas y tejido social podía concederles una resonancia que, gracias a su rol social, iba mucho más allá de su tamaño trivial (como, por ejemplo, la socialización y la afiliación simbólica para todo el medio catalanista a través de los nacionalistas más extremos); así, el amplio y complejo juego de las identidades locales podía servir para más funciones sociales importantes que la mera representación electoral ⁴⁴.

Lo que todo el mundo compartía era una actitud de fondo, derivada de la interacción entre el círculo cerrado de la amistad masculina y la cuadrilla con la sociabilidad que reflejaba el patrón de familia: ello evidenciaba un agudo sentido práctico de las necesidades y derechos individuales en relación estrecha con los compañeros cercanos, especialmente dentro del tautológico «grupo de afinidad», pero no impedía una absoluta falta de realismo en cualquier tema situado más allá de los confines inmediatos de la militancia y del barrio, ya que su solución se encontraba en el horizonte lejano de la ideología. En este sentido, hay que subrayar, no pecaban sólo los libertarios: *toda la política catalana era utópica) de derecha a izquierda) en tanto tendía a sobrevalorar la sociedad civil como una estructura comunitaria) a sobre enfatizar sus libertades y a ignorar al Estado y sus obligaciones.* Una vez más, el terreno adecuadamente neutral para la especulación en común y la negociación, cuando ésta era necesaria, era el barrio y, especialmente, aquellas tabernas que no estaban definidas ideológicamente. Gracias al metro (construido en los años veinte) y a las líneas de tranvía más antiguas que éste, los contactos con figuras de mayor relevancia, por ejemplo en la alta política de la Esquerra, podían mantenerse fácilmente en los cafés del centro de la ciudad, donde se accedía a importantes tertulias de signo más ecléctico.

Con la unificación de la primera área metropolitana de Barcelona, absorbiendo los pueblos de alrededor entre 1897 y 1921, el barrio reemplazó efectivamente a la parroquia tradicional como espacio deci-

⁴⁴ UCELAY-DA CAL, E.: «Formas grupales masculinas en la sociedad catalana: una hipótesis de trabajo sobre los mecanismos fundamentales del asociacionismo catalán», *Boletín de la Sociedad Española de Psicoterapia y Técnicas de Grupo*, época N, núm. 10, diciembre de 1996, pp. 11-44.

sivo para la redefinición social. La generalización del transporte motorizado y la modernización del sistema de carreteras en los años veinte tuvo un efecto similar convirtiendo a los pueblos rurales en un espacio equivalente -en vez de alternativo- al barrio urbano; este cambio se reflejaba en la percepción de la distribución territorial (la idea de la comarca como espacio alternativo a la provincia, de cuño estatal y centralista, y como un modelo local admirado en común por nacionalistas, republicanos y libertarios) 45. *El factor concluyente de la política social catalana) más que la clase) fue) por lo tanto) el medio físico) el apretado espacio urbano de una sociedad en extremo compacta) y los supuestos compartidos por muy contradictorios que fueran (el individualismo libertario) la importancia de la comunidad y sus costumbres implícitas o la urgencia de la justicia socia!) que vinculaban alternativas ideológicas formalmente opuestas entre sí.* Todo ello hizo que el populismo funcionara y se mantuviera vivo a lo largo del resto del siglo, mientras que la política de clase llegaría a desintegrarse eventualmente.

Disyuntivas populistas

Hoy resulta común en los estudios empresariales considerar que las grandes empresas pueden ser acentuadamente «neuróticas» y disfuncionales, caracterizadas por fantasías generalizadas, malsanos conglomerados de edad, confusas relaciones interpersonales y destructivo trato entre superiores e inferiores 46. Lógicamente, más o menos lo mismo puede adscribirse a organizaciones corporativas rivales u opuestas. Cuanto más «revolucionarios» fueran los sindicatos y las organizaciones obreristas, más marcados podían estar por una actitud claramente paranoide hacia la dirección empresarial, los patrones y las estructuras de poder en general. Sin embargo, los historiadores sociales han tendido a asumir los prejuicios propios de su tema de estudio o, si no, sustituirlo por otro campo de investigación. El hecho es que las entidades políticas y sociales de diverso tipo no son estrictamente

45 LLUCH, E., y NELLO, O.: «Estudi preliminar», en LLUCH, E., y NELLO, O. (eds.): *La genesis de la Divisió Territorial de Catalunya*, Barcelona, Diputació de Barcelona, 1983, pp. xi-xxxiv.

46 KETS DE VRIES, M. F. R., y MILLER, D.: *La organización neurótica (1984)*, Barcelona, Apóstrofe, 1993.

tamente racionales, por mucho que así lo pretendan; son más bien organizaciones *racionalizadoras*) en el sentido en que los psicólogos utilizan el término, es decir, intentan convencerse ellas mismas –y a sus apoyos de base– de que su existencia es más legítima que la de sus competidores, de que sus acciones están más justificadas, son más morales o puras, y así sucesivamente. *Este razonamiento interesado y autojustificativo es literalmente la ideología*' ésta no se compone, ni se constituye, de más que la suma de argumentos necesarios para abogar por la excepcionalidad propia y particular (*special-pleading*) de los intereses del sector que se dice representar. La ideología, siempre altisonante y generosa en sus motivos, resulta, por tanto, una coartada muy atractiva, que puede proyectarse sobre una clientela, ser promovida de muchos modos y, en el mejor de los casos, si el *marketing* funciona, puede actuar como una profecía que se realiza a sí misma (*selffulfillingprophecy*)⁴⁷. Ni la Esquerra ni la CNT fueron excepciones a esta regla manipulativa, ni tenían por qué serlo.

La ERC tenía como emblema un triángulo que contenía las cuatro barras catalanas. Muy apropiadamente, este diseño simboliza de forma gráfica la máxima ambición del «macianismo»: un trípode gubernamentalista que, para dar respuesta adecuada a la demanda populista, era sostenido por el partido, el principal sindicato obrero y una unión agraria. Se mira a la Esquerra como un proyecto teórico (y por tanto bidimensional), arriba, en el ápice del triángulo, estaba el partido y abajo los sindicatos urbanos y rurales. A raíz de su fundación, la ERC estaba fundamentada en la afiliación indirecta (o sea, la militancia a través de un organismo interpuesto, de base, entidad que en realidad era la afiliada a una instancia superior), y, como resultado, compuesto por un mosaico de históricas agrupaciones locales, incluyendo a republicanos, federalistas, obreristas, catalanistas radicales y socialistas en todas las combinaciones imaginables. Una vez que se vio que existía una demanda social y que la ERC podía funcionar a largo plazo, se creyó que esta confluencia de diversidades debía encauzar la gran convergencia social e institucional, fusionar la sociedad civil y las incipientes instituciones públicas. En la práctica, el partido gubernamental se hizo casi con-

⁴⁷ LOUDON, D. L., YDELLA BITIA, A.]: *Comportamiento del consumidor. Conceptos y aplicaciones* (1993), México DF, McGraw-Hill, 1995; MERTOÑ, R. K. (ed.): «The Self-Fulfilling Prophecy», en *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, Free Press, 1968, pp. 475-490.

substantial a la propia Generalitat. Dada esa ventaja, con mayor confianza se pudieron trazar analogías ambiciosas respecto a el Partido Laborista británico: la estructura de afiliación indirecta esperaba reposar sobre una alianza con el anarcosindicalismo de la metrópolis y las ciudades fabriles, precisamente por ser éste un movimiento *apolítico*.

Pero la Esquerra no era un triángulo, ni una teoría: era tan sólo una propuesta más bien improvisada que buscaba tres apoyos organizativos estables para sostener la casi ficticia autonomía (consistente en la suma de las cuatro diputaciones catalanas hasta septiembre de 1932) y que tenía problemas para mantener un equilibrio en el espacio social catalán. Su inestabilidad se notó muy pronto, ya que los anarcosindicalistas se dividieron ante la colaboración con Macia. Mientras que algunos dirigentes como Ángel Pestaña favorecerían más o menos tal relación, que significaba asumir el control pleno de un espacio corporativo en la sociedad civil, los más militantes -encabezados por el grupo de Durruti, Ascaso y García Oliver- prefirieron recuperar la vieja «alianza revolucionaria» de los años veinte, ahora con Ramón Franco y una estrecha franja de activistas «ultrarrepblicanos», para adobar su posición con resabios del «plataformismo» de Archinof como justificación ideológica, y forzar la creación de una República virtualmente confederal (autonomía para «todas las Repúblicas ibéricas») con participación sindical en sus órganos legislativos ⁴⁸. Para agosto de 1931, cuando Macià había aceptado evidentemente el enfoque democrático más normal y había abandonado la reclamación del federalismo a cambio de una autonomía circunstancialmente única para Cataluña, los anarquistas extremistas pasaron a la oposición abierta y escindieron la CNT, expulsando a sus oponentes internos así como a los comunistas (1931-1932) ⁴⁹.

⁴⁸ «Camino adelante», *Solidaridad Obrera*, 18 de abril de 1931, reproducido en SOLDEVILA, F., y GABRIEL, P. (ed.): *Historia de la proclamació de la República a Catalunya*, Barcelona, Curial, 1977, pp. 165-166; en general, véase SKIRDA, A.: *Facing the Enemy. A History Of Anarchist Organization From Proudhon to May 1968*, Edinburgo-Oakland (Ca.), AK Press, 2002, especialmente caps. XV-XVII. Para los republicanos «de extrema izquierda» en Cataluña MOLAS, I.: *El Partit Federal a Catalunya durant la II República (1931-1939)*, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 2001.

⁴⁹ UCELAY-DA CAL, E.: «Moderni sogni girondini: Italiani, portoghesi e catalani nella rivoluzione repubblicana spagnola (1923-1938)», en LANDUYT, A.: *Carlo Rosselli e la Catalogna Antifascista*, monográfico de *Quaderni del Circolo Rosselli*, núm. 2,

En los levantamientos armados de 1931-1933, esta facción insurreccionalista perdió repetidas veces, pero su presión callejera y sus tácticas terroristas fueron un recuerdo permanente de que esta opción estaba lejos de la derrota o el olvido. El anarcosindicalismo estaba dividido en dos, los insurreccionalistas y los que estaban dispuestos a reforzar a los sindicatos bajo las condiciones existentes gravitando hacia la unidad de acción con partidos obreristas rivales, como los comunistas disidentes del Bloc Obrer i Camperol (BOC) y los catalanistas socialistas de la Unió Socialista de Catalunya (USC) ⁵⁰.

El BOC y la USC eran respectivamente los satélites, negativo y positivo, de la Esquerra, incapaces de retar su hegemonía con éxito, pero a la vez sus rivales y aliados según las ocasiones (especialmente los socialistas catalanes). La ruptura abierta entre la izquierda gubernamental catalana y los anarcosindicalistas trajo una ola de huelgas en 1932-1933, que fue contestada con activismo paramilitar por los nacionalistas y con un estilo anti-«gangster» por parte de la policía en manos nacionalistas desde 1933 ⁵¹. Sin su pata sindical, el trípode de la ERC tendía a caer: esto animó a una sobrerrepresentación de la Unió de Rabassaires (UR), el órgano de la aparcería enfiteútica catalana, y en menor grado de la milicia juvenil nacionalista de la Esquerra ⁵². En 1934, la defensa de intereses campesinos (también un gran tema del BOC) llevó eventualmente a la ERC a una convergencia desastrosa con el socialismo español contra la coalición de centroderecha surgida de las elecciones generales de noviembre de 1933.

El éxito aparentemente arrollador del «macianismo» en 1931-1932 había hecho que todo pareciera demasiado simple, pero

1996, pp. 67-86. Para un tratamiento detallado de la escisión en la CNT VEGA, E.: *El trentisme a Catalunya* (1930-1933), Barcelona, Curial, 1980.

⁵⁰ BONMtuSA, F.: *El Bloc Obrer i Camperol* (1930-1932), Barcelona, Curial, 1974; DURGAN, A.: *BOC, 1930-1936. El Bloque Obrero y Campesino*, Barcelona, Laertes, 1996; ALCARAZ, R.: *La Unió Socialista de Catalunya* (1923-1936), Barcelona, La Magrana, 1987, y también ALEXANDER, R. }: *The Right Opposition. The Lovestoneites and the International Communist Opposition olthe 1930s*, Westport (Ct.), Greenwood Press, 1981.

⁵¹ Para un enfoque muy diferente a este argumento EALHAM, C.: *Policing the Recession: Unemployment, Social Protest and Law-and-Order in Republican Barcelona, 1930-1936*, tesis doctoral, London University, 1995.

⁵² POMÉS, J.: *La Unió de Rabassaires*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 2000; también BALCELLS, A.: *El problema agrari a Catalunya, 1890-1936*, Barcelona, Nova Terra, 1968.

a finales de 1933 el partido gubernamental catalán estaba en desorden, roto por luchas entre facciones internas⁵³. En todos lados se oían gritos contra el «fascismo» de la Esquerra y, en particular, de su ala nacionalista⁵⁴. La muerte, altamente oportuna, del presidente Macià el día de Navidad de 1933 permitió forjar un nuevo equilibrio tras las públicas muestras de dolor. En un acuerdo paradójico, los nacionalistas respaldaron a Companys, jefe del ala republicana, para la presidencia de la Generalitat. El nuevo primer magistrado de Cataluña compensó el reconocimiento dado a los nacionalistas de la ERC abrazando al resto de las fuerzas republicanas y nacionalistas catalanas que tan hostiles a la hegemonía de la ERC se habían manifestado poco antes, en los comicios legislativos. Esta nueva coalición permitió a la izquierda oficialista (en contraposición a los obreristas) vencer en las elecciones municipales catalanas de enero de 1934 y convertirse así en un ejemplo luminoso de unidad para una izquierda europea muy asustada por los eventos de febrero en París y Viena. Barcelona aparecía como el foco espiritual de una nueva línea de «frente popular» que unía a comunistas, socialistas y demócratas «comprometidos» en la lucha contra la amenaza del fascismo⁵⁵. Más o menos al mismo tiempo, los partidos obreristas y los sindicatos libertarios expulsados de la CNT se juntaron en una Alianza Obrera que, con perspectiva crítica, respaldaba a la Generalitat contra el «peligro fascista» de Madrid⁵⁶. Por su parte, la CNT y los insurreccionalistas mostraron al gobierno catalán y a esta Alianza su mayor desprecio y hostilidad.

Pero todo cambió tras la revuelta de octubre de 1934, protagonizada por la Generalitat y los socialistas españoles contra un nuevo y más derechista gobierno central, un levantamiento en el que la autoridad catalana fue aplastada ignominiosamente por el ejército tras una noche de desafío envalentonado. En el alzamiento de octubre, en Barcelona, los nacionalistas se consumieron como fuerza seria

⁵³ SALLÉS, A.: *Quan Catalunya era d'Esquerra*, Barcelona, Edicions 62, 1986, Y IVERN, M. D.: *Esquerra Republicana de Catalunya (1931-1936)*, Barcelona, Abadía de Montserrat, vol. I, 1988, vol. II, 1989.

⁵⁴ CULLA I CLARÀ, J. B.: *El catalanisme d'esquerra (1938-1936)*, Barcelona, Curial, 1977, pp. 111-210; BALCELLS, A.: «Introducció», *op. cit.*, pp. 5-24, Y DENCÀS, J.: *E16 d'octubre des del Palau de Governació*, Barcelona, Curial, 1979.

⁵⁵ VINYES, R.: *La Catalunya internacional. El frontpopulisme in l'exemple catala*, Barcelona, Curial, 1983.

⁵⁶ ALBA, V.: *La Alianza Obrera. Historia y análisis de una táctica de unidad en España*, Madrid-Gijón, Iúcar, 1978.

de la política catalana, si bien su rol social subliminal se mantuvo muy vivo⁵⁷. También la CNT fue demasiado lejos en su enemistad a la izquierda oficial catalana y sus aliados obreristas: cuando en la vigilia de la asonada la policía mandó que los tenderos cerraran por orden de la Generalitat y en respuesta a una huelga general oficialmente decretada, los piquetes anarcosindicalistas fueron detrás obligándoles a reabrir ya que la «organización confederal» negaba la validez de tal convocatoria. Esta inversión de papeles, más bien cómica, rozó lo ridículo al llegar las noticias de la revolución de Asturias, donde la Alianza Obrera se había formado con éxito y con inclusión de la CNT, a pesar de las protestas del grupo Durruti-Ascaso-García Oliver⁵⁸. Los hechos asturianos constituyeron una explosión social en extremo violenta, pronto brutalmente reprimida con tropas coloniales. Esta dinámica superó y se impuso al contexto catalán, hasta entonces relevante, y llegó a convertirse en un tema central de la propaganda soviética en pro de la «unidad popular»⁵⁹.

La derrota, más el nuevo clima unitario auspiciado por el frentepopulismo, cambió a los nacionalistas catalanes, que se vieron obligados a escoger entre fascismo o comunismo como marco ideológico de sus reivindicaciones⁶⁰. La distinción no era entonces tan clara como llegaría a serlo más tarde: por ejemplo, el BOC «bujarinista», que, a finales de septiembre de 1935, se fundiría con los trotskistas en un Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), antes, en

⁵⁷ El fracaso de los nacionalistas radicales fue el mensaje central de las obras de partidarios de Companys, como MIRAVITLLES, J.: *Crítica del 6 d'octubre*, Barcelona, Acer, 1935, y FoIX, P.: *Barcelona, 6 d'octubre*, Barcelona, Cooperativa Popular, 1935.

⁵⁸ La justificación de la CNT en relación al alzamiento del 6 de octubre (culpando a los «fascistas de la Esquerra» de cualquier malentendido) en «Ignotus» [M. VILLAR]: *El anarquismo en la insurrección de Asturias* (1935), cap. XVI, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 1994.

⁵⁹ Para un retrato ácido de los mecanismos para generar respuestas «populares» soviéticas a eventos en España, véase SHOSTAKOVICH, D. (contado a S. VOLKOV): *Testimonio* (1979), Madrid, Aguilar, 1991, pp. 338-340. Una exaltación del papel de la «Alianza Obrera» en Rurz, D.: *Insurrección defensiva y revolución obrera. El octubre español de 1934*, Barcelona, Labor, 1988; en general, sobre la revuelta de Asturias, véase JACKSON, G., y otros: *Octubre 1934*, Madrid, Siglo XXI, 1985; la historia local en detalle en TAIBO II, P. I.: *Historia general de Asturias*, vol. 7-8, Gijón, Silverio Cañada, n. d.; el trasfondo en SHUBERT, A.: *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*, Barcelona, Crítica, 1984.

⁶⁰ Véase UCELAY-DA CAL, E.: *The Shadow of a Doubt...*, op. cit.

el verano, estuvo profundamente atraído por Doriot y su opción de un comunismo «independiente»; la «liberación nacional» doriotista todavía, tan tarde como julio de 1936, tentaba a la izquierda de la ERC⁶¹. Globalmente, sin embargo, en la medida en que crecía la presión de las llamadas unitarias del Frente Popular (existía un Front d'Esquerres en Cataluña), los nacionalistas optaron por el comunismo, que parecía la vía más oportuna para el futuro. Aun así, buena parte de los nacionalistas del BOC prefirieron marcharse antes que mezclarse con los trotskistas. Fueron recogidos por la corriente alternativa hacia la «unificación obrera» que reunía a la USE, la Federación Catalana de los socialistas españoles, los stalinistas catalanes (Partit Comunista de Catalunya) y los separatistas de izquierdas (el Partit Catala Proletari), considerado este último un «partido nacional revolucionario» aceptable para la Comintern. En abril de 1936, se fusionaron las organizaciones juveniles de la USC y el PC de C, como ya habían hecho dos años antes los frentes sindicales del PC de C y el PCP; para junio, convergieron las juventudes «unificadas socialistas» de los cuatro partidos⁶². Pesadas negociaciones continuaron durante la primavera e incluso el inicio del verano, hasta que la combinación se realizó con prisas el 23 de julio, después de que el alzamiento militar fuera derrotado en Barcelona. Siguiendo la línea previamente establecida para las secciones juveniles, la nueva entidad se llamó Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC); como su nombre indica, era más un partido «socialista unificado» que formalmente comunista, si bien estaba «adherido» a la Tercera Internacional. Ha habido mucho interés historiográfico catalán en subrayar el carácter autónomo de este proceso que en su día aparentemente provocó cierto grado de perplejidad soviética⁶³. Como reflejo de la fuerza de las tendencias locales, una parte de los nacionalistas, esencialmente la dirección de la Joventut d'Esquerra Republicana Estata Catala que en junio no había entrado en el nuevo

⁶¹ UCELAY-DA CAL, E.: «El cas Doriot i la seva recepció a Catalunya», en WAA: *Profesor Nazaró González. Una historia abierta*, Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona-Universitat Autònoma de Barcelona, 1998, pp. 466-475.

⁶² CASTERAS, R: *Las JSUC ante la guerra y la revolución*, Barcelona, Nova Terra, 1977.

⁶³ PUIGSEC, J.: *Nosaltres, els comunistes catalans. El PSUC i la Internacional Comunista durant la guerra civil*, Vic, Eumo, 2001; también PUIGSEC, J.: «Las relaciones entre la Internacional Comunista y el PSUC durante el conflicto de 1936-1939», *Storia Contemporanea*, núm. 15, 1999, pp. 53-68.

partido unitario nacionalista (similarmenre llamado Estat Catala) prefirió pasar al PSUC en agosto ⁶⁴.

Mientras que el POUM se estiró hasta sus propios límites para convertirse en un partido español, el PSUC fue exclusivamente catalán gozando de relaciones «fraternas» con el Partido Comunista de España. Mientras que los comunistas siguieron una línea ultraizquierdista respaldando a Largo Caballero y los socialistas de izquierda contra el presidente Azaña y sus primeros ministros republicanos, el PSUC no tuvo un papel político claro. Pero, después de septiembre de 1936, con la formación del gabinete de Largo (y tras el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética en agosto), el giro en la actitud de la Comintern hacia la «democracia popular» y en apoyo del gobierno oficial republicano, como es lógico, también afectó al PSUC ⁶⁵. Si bien esto no ha sido estudiado de forma sistemática, es probable que la clara influencia del Partido Comunista Francés sobre la posición soviética pudiera haber reforzado la reorientación de los «socialistas unificados» catalanes ⁶⁶. En todo caso, el PSUC -como fuerza simultáneamente revolucionaria y moderada- estaba dispuesto a desbancar a la Esquerra como partido de masas capaz de expresar la voluntad política de una síntesis nacionalista y socialista, y a presentarse como una especie de populismo superior. Vale la pena recordar, sin embargo, que la fórmula de la ERC todavía no estaba agotada: en 1934-1935, imitaciones de «Esquerra Republicana» se formaron en las Baleares (especialmente en Menorca) y Valencia (especialmente en Castellón); éstas se mantuvieran activas hasta la guerra.

⁶⁴ Este proceso se puede seguir, con su documentación, en UCELAY-DA CAL, E.: «Documents (1936): Els nacionalistes catalans al PSUC», *Arreu*, núm. 1, 25-31 de octubre de 1976, pp. 26-31.

⁶⁵ Para la intervención soviética ELORZA, A., y BrzcARROnDO, M.: *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España*, Barcelona, Planeta, 1999.

⁶⁶ Para el PCF y la guerra española SERRANO, C.: *L'enjeu espagnol. PCF et guerre d'Espagne*, París, Messidor, Editions Sociales, 1987; el giro patriótico en el PCF en BROWER, D. R.: *The New Jacobins. The French Communist Party and the Popular Front*, Ithaca, Cornell University Press, 1968; en general, ÁVILÉS, J.: *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil española*, Madrid, Eudema, 1994.

Dilemas revolucionarios y supervivencia del populismo

¿Existió la «revolución»? Este término tan familiar y abusado empezó como un concepto derivado del sistema astronómico copernicano, según cuya analogía, la política estaba sometida a la rueda de la fortuna y daba vueltas sobre sí en las altas esferas del poder: la «revolución de palacio» que facilitaba un nuevo y transitorio liderazgo. Fue la idea de una «Gran Revolución» francesa y sobre todo la mitomanía de las izquierdas decimonónicas las que propusieron la noción para referirse a una transformación profunda del poder y la sociedad; a su vez, esta metáfora quedó convertida en parámetro del cambio más fundamental en la economía (la expresión «revolución industrial» de Arnold Toynbee en 1884). El autobombo bolchevique pareció confirmar la idea como un hecho objetivo, que podía ser calibrado según sus ineludibles fases. Pero todo esto no demuestra nada. A mediados del siglo xx, el historiador inglés Alfred Cobban manifestó su escepticismo ante la idea, para ganarse una feroz repulsa de las izquierdas historiográficas⁶⁷. El hecho es que, vista la Cataluña de 1936-1937 desde el principio del siglo xxi, más recuerda –al menos superficialmente– al caos de pequeños «*warlords*», «señor-zuelos de la guerra» propios de situaciones del todo desestructuradas como las de Somalia o Chechenia en los años noventa. Si la «revolución» catalana fue diferente, se debe, en todo caso, a la red que conectó a todos estos micropoderes, al tejido social que bien o mal resistió la confusión. Pero entonces, ¿fue algo más que la mitificación propagandística de una serie de sucesiones políticas?

En julio de 1936, la peculiar mezcolanza de la política catalana fue sorprendida por el estallido inesperado de una guerra civil en España como si fuera un vapor alcanzado de lleno por un torpedo, pero no hundido; las cosas siguieron adelante con un extraño y ansioso optimismo, pero nada fue igual que antes de la detonación. La «revolución» empezó en Cataluña como consecuencia directa del fracaso del golpe militar. Su estallido fue una perfecta muestra de las consecuencias sociales de lo que se ha llamado «falsificación de la preferencia», o sea la pretensión de acuerdo y concordia por parte de mucha opinión contraria, probablemente una mayoría, que consentía

⁶⁷ COBBAN, A.: *The Social Interpretation of the French Revolution*, Cambridge (UK), Cambridge University Press, 1964.

tácitamente aunque se disgustara y sintiera resentimiento ante el curso que seguían los acontecimientos ⁶⁸. Del mismo modo, la CNT, que pretendía estar a cargo del proceso revolucionario, tuvo que hacer frente a lo que Mancur Olsen ha sugerido como un «viaje gratuito»: si la dirección militante conseguía ciertos beneficios para un amplio sector ¿por qué deberían muchos de los así favorecidos, incluso casi todos, hacer algo y comprometerse, si la ventaja ya se estaba realizando para ellos, sin su esfuerzo o riesgo? ⁶⁹ A pesar de la abundancia de rumores de un golpe inminente, la ERC fue cogida desprevenida, a punto de celebrar un congreso y simultáneamente de presidir una «Olimpiada Popular» que debía realizarse en Barcelona en oposición al encuentro oficial en Berlín ⁷⁰. Una vez que paró el tiroteo en la capital catalana, se hicieron esfuerzos unitarios llevados adelante por la suma de fuerzas político-sociales con capacidad de organizar milicias para tomar Ibiza y Mallorca, y avanzar sobre Zaragoza, todo con una importante falta de resultados ⁷¹. Finalmente, Cataluña en general y Barcelona en particular fueron zona de retaguardia, lejos de la tensión de los primeros meses de la contienda, centrados en la toma o la defensa de Madrid. Desde la capital catalana la idea de la guerra parecía muy fácil, además de lejana. Así, el gran apoyo popular que la CNT auguraba disfrutar en el verano de 1936 fue más aparente que real y prometía encoger en el grado en que el buen tiempo y la abundancia dieran paso al frío del invierno y a la generalización de la escasez.

La «revolución» también tuvo confusiones naturales de diseño. En gran medida, el pensamiento anarquista -tanto local como importado- se había dedicado a un programa en esencia tecnocrático en el que los sindicatos iban a encargarse del conjunto de la admi-

⁶⁸ KURAN, T.: *Private Truths, Public Lies. The Social Consequences of Preference Falsification*, Cambridge (Ma.), Harvard University Press, 1995.

⁶⁹ OLSEN, M.: *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups* (1965), Cambridge (Ma.), Harvard University Press, 1995.

⁷⁰ SANTACANA, E., y PUJADES, X.: *L'altra olimpiada. Barcelona '36*, Barcelona, Llibres de l'Índex, 1990, e IVERN, M. D.: *op. cit.*, vol. 2, pp. 203-210.

⁷¹ Para la expedición de Mallorca véase MASSOT i MUNTANER, J.: *La Guerra Civil a Mallorca*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1976, y, por el mismo autor, con aún más detalle, *El desembarcament de Bayo a Mallorca, agost-setembre de 1936*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1987; para el frente de Aragón CASANOVA, J.: *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1985.

nistración, la producción y la distribución, en la línea de la llamada «democracia industrial»⁷². Por añadidura, el colapso del gobierno normal hizo que toda suerte de propuestas descabelladas parecieran plausibles. Para resumir, los dirigentes inmediatos de iniciativas altamente localizadas –los nuevos comités que reemplazaban a las autoridades municipales o locales– se encontraron al mando, sin idea clara de qué hacer ni de lo que estaba pasando a su alrededor, unos cuantos kilómetros más allá. El barrio o el pueblo se convirtieron en el espacio de poder y, si éste salía del cañón de un fusil (como el máuser español de 1893, arma estándar del conflicto), su alcance práctico no iba mucho más allá de unos dos mil metros. Este mismo localismo hizo que la revolución por cercana pareciera más real, más auténtica en su contenido de «clase», aunque ello constituyera un espejismo. Lo mismo ocurrió con los comités encargados de cada empresa individual que podían funcionar mientras existieran *stocks* de materia prima, pero no podían descargar sus manufacturas ni conseguir nuevos *inputs* en tanto que la distribución estaba plenamente desbaratada⁷³. Además, no quedaba claro si, para la base sindical, el propósito de la revolución era el incremento de la producción o su opuesto, el objetivo de garantizar unas condiciones más cómodas en el puesto de trabajo, con menor esfuerzo⁷⁴. Los orígenes distantes del movimiento libertario estaban marcados por una amarga polémica entre anarcoindividualistas y anarcocolectivistas: hasta el mismo verano de 1936 hubo anarquistas que desaprobaban a la CNT por oprimir ésta la voluntad personal. Es más, tras una barrera conveniente de respetabilidad «burguesa» y catolicismo añejo, lo que implicaba una considerable hipocresía, la sociedad civil catalana era distintivamente libertaria (en el sentido más genérico de la palabra), si bien no era exactamente tolerante: los deseos personales, fueran ideológicos o sexuales, se aceptaban y se les reconocía su propia esfera, mientras no desafiaran la tónica dominante. Esto significa que el catalanismo se diluía a través de gran parte del asociacionismo político y que

⁷² BARRIO ALONSO, A.: *El sueño de la democracia industrial (sindicalismo y democracia en España, 1917-1923)*, Santander, Universidad de Cantabria, 1996. Véanse los comentarios de HALÉVY, E.: «Le probleme du contrôle ouvrier» (1921), en HALÉVY, E.: *L'ère des tyrannies* (1938), París, Gallimard, 1990, pp. 134-151.

⁷³ UCELAY-DA CAL, E.: «Cataluña durante la guerra», en MALEFAKIS, E. (dir.): *La Guerra de España, 1936-1939*, Madrid, Taurus, 1996, pp. 169-184.

⁷⁴ SEIDMAN, M.: *op. cit.*, caps. 5, 6 Y 7.

las organizaciones marxistas eran literalmente la extensión de antiguas iniciativas nacionalistas radicales. Los partidos marxistas eran dominados por antiguos maestros de escuela del viejo sistema educativo estatal o de las nuevas escuelas catalanas «reformadas», que habían sabido promocionarse al liderazgo político. Por el contrario, los anarquistas formaban una «contracultura» libertaria que, con cierta envidia, imitaba las asociaciones «burguesas» desde las escuelas de barrio para arriba y que disfrutaba de sus propios mecanismos de «clase» o «revolucionarios» para el ascenso social⁷⁵. Como ocurre en el modelo empresarial de finales de los años cincuenta de Whyte, los «hombres de organización» del mundo libertario generaban todo un patrón social de conformismo (aunque estuviera idealizado como si fuera lo opuesto), que soñaban imponer al conjunto de la sociedad, por mucho que -paradoja de tiempos posteriores- hubieran querido hacerlo con un esquema «antiburgués» que un Theodor Roszak en sus mejores momentos de los años sesenta hubiera deseado⁷⁶.

En substancia, *la «revolución» de 1936 comportó que las opciones catalanista) republicana y libertaria) más las posturas socialistas y comunistas -por muy opuestas que se encontraran sobre la marcha- se fundieran en un todo dentro de la sociedad civil) a expensas de lo que quedaba de la tradicional estructura religiosa)* que fue literalmente sacrificada en el altar de una supuesta modernidad, siendo los eclesiásticos el grupo social más claramente designado para el asesinato sistemático. Siempre que fuera posible, las desmembradas representaciones locales de la ERC podían encontrar acomodo con la CNT y los anarquistas en pueblos y aldeas o con el POUM en aquellas áreas del campo de Gerona o de Lleida en que predominaban los «marxistas unificados». Tales acuerdos se establecieron siempre a expensas de la Iglesia y los católicos, a quienes los republicanos aseguraban no poder proteger. Los republicanos, por lo tanto, se encontraban frecuentemente ante los comités locales como una especie de leal oposición minoritaria. Mientras tanto los nacionalistas -que escogieron pelearse con la ERC con patente falta de oportunidad- se quedaron aislados,

⁷⁵ UCELAY-DA CAL, E.: «Socialistas y comunistas en Cataluña durante la Guerra Civil: un ensayo de interpretación», en JULIÀ, S. (coord.): *Socialismo y guerra civil*, monográfico de *Anales de Historia de la Fundación Pablo Iglesias*, vol. 2, 1987, pp. 295-324.

⁷⁶ ROSZAK, T.: *El nacimiento de una contracultura* (1970), Barcelona, Kairós, 1970.

ninguneados, y sobrevivieron alejando del peligro a los amenazados clandestinamente, previo pago, pasándolos al otro lado de la frontera ⁷⁷.

En resumen, la Esquerra se derritió, siendo sus cuadros locales incapaces de hacer frente a situaciones que se resolvían mediante arreglos terminantes pistola en mano con nerviosos «escopeteros» de la CNT ⁷⁸. Durante las primeras semanas revolucionarias, nadie, por ejemplo, tuvo el coraje de impedir, en los surtidores, el reparto de gasolina gratuita a todo el que la pedía, con lo que se animaba, quisiera o no, a que «elementos incontrolados» detuvieran a gente sospechosa de «fascismo», que era literalmente «llevada a dar un paseo»; a mediados de agosto, finalmente fue racionada, con un precio oficial, pero todavía se podía obtener a cambio de vales de los comités o de los sindicatos ⁷⁹. Como resultado, el grosor político de la ERC se licuó hasta reducirse a la estructura relativamente dura de la Generalitat, la cual tenía fuerzas policiales a su disposición, si bien no se atrevía a utilizarlas a efecto político máximo ⁸⁰. Los dos gabinetes catalanes organizados por Joan Casanovas entre julio y septiembre de 1936 fueron incapaces de asumir la decisión de hacer frente al desorden, la coerción y las represalias, en tanto que significaba desafiar el dominio de los libertarios que (a sugerencia de Companys) regían un Comité de Milicias Antifascistas en paralelo a la Generalitat ⁸¹. El presidente Companys no dio un apoyo incondicional a Casanovas; más bien consideraba que si les daba suficiente cuerda a los revolucionarios se ahorcarían ellos solos o, al menos, acabarían implicados en la función legislativa del gobierno catalán que había sido implícitamente reconocida por los anarcosindicalistas. Finalmente, a finales de septiembre, Josep Tarradellas -consejero

⁷⁷ Una descripción sistemática de arreglos locales en Pozo GONZÁLEZ, J. A.: *El poder revolucionari a Catalunya durant els mesos de juliol a octubre de 1936. Crisi i recomposició de l'Estat*, 2 vols., tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2002.

⁷⁸ VIADU, F.: *Delegat d'Ordre Públic a «Lérida la Roja»*, Barcelona, Dalmau, 1979.

⁷⁹ MINTZ, F.: *La autogestión en la España revolucionaria*, Madrid, La Piqueta, 1977, p. 83.

⁸⁰ FEBRÉS, X.: *Frederic Escofet, l'últim exiliat*, Barcelona, Portie, 1979, pp. 175-190, Y ÀMETLLA, C.: *Memories polítiques, 1936-1940*, cap. VII, Barcelona, Distribucions Catalonia, 1983.

⁸¹ CASANOVAS I CUBERTA, J.: *Joan Casanovas i Maristany, president del Parlament de Catalunya*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1996.

de Servicios Públicos y después combinando esta cartera con la de Economía en los gobiernos de Casanovas, pero, más importante, siendo el hombre que contaba con el respaldo de Companys- negoció un compromiso según el cual se disolvía el Comité de Milicias rival a cambio de la entrada de los anarcosindicalistas en un nuevo gabinete y del reconocimiento legal de sus nuevas funciones múltiples, así como del diseño de una «nueva economía», para el cual una especie de concierto fue redactado entre la central sindical y el gobierno catalán (los decretos de Colectivización de octubre de 1936)⁸².

La principal traba del movimiento libertario era, por supuesto, la ausencia de algún tipo de núcleo político que pudiera establecer un liderazgo sostenido y convincente. El sucedáneo para la «organización confederal» fue la orientación genérica mediante diarios, especialmente el vocero *Solidaridad Obrera*) portavoz a un tiempo del Comité Nacional y del Regional de Cataluña, mientras que otros órganos menores de prensa expresaban funciones institucionales descendentes hasta llegar a los quincenales o semanarios locales. La verdad es que el sistema de periódicos no fue el sustituto efectivo de una iniciativa política bien enfocada, ya que las disidencias podían romper el monopolio cuando quisieran y expresarse en otros diarios como el vespertino ultraizquierdista madrileño *La Tierra*) que acabó especializado en esta función alternativa durante los primeros años republicanos⁸³. Por preferir la primacía de los principios ácratas, la CNT y, en mucho mayor grado, la FAI resultaron incapaces para hacer algo que no fuera la negociación de un consenso doméstico o, cuando las cosas se ponían especialmente duras, cerrar el paso a una oposición interna. Con un consistente ambiente de luchas de facción y puñaladas traperas, no había manera de que un consenso imperara: la disciplina era doctrinalmente aborrecible ya que se supo-

⁸² Sobre Tarradellas, UDINA, E.: *Josep Tarradellas. L'aventura d'una fidelitat*, Barcelona, Edicions 62, 1978, pp. 115-219, Y CASASSAS, J., y SANTACANA, C. (comps.): *Tarradellas o la reivindicació de la memòria* (1899-1988), Lérida, Pagés, 2003.

⁸³ TAVERA, S., y UCELAY-DA CAL, E.: «Amigos anarquistas, amigos periodistas. La prensa libertaria como sucedáneo de partido, 1930-1939», Congreso de Historia «El anarquismo en España (75 aniversario de la fundación de la FAI)», Guadalajara, Fundación Anselmo Lorenzo, 29-30 de noviembre-1 de diciembre de 2002. También, en general, TAVERA, S.: *Solidaridad Obrera. El fer-se i desfa-se d'un diari anarco-sindicalista* (1915-1939), Barcelona, Diputació de Barcelona, 1992. También debo agradecer a la profesora Susanna Tavera sus muchas sugerencias en un esfuerzo conjunto de investigación sobre la sociedad barcelonesa y el obrerismo.

nía que el orden nacía de dentro de cada uno. En último extremo esto significó que el trato con fuerzas externas, privadas o públicas, fuera siempre un asunto complicado, ya que cualquier iniciativa pactada con la «patronal» o los «políticos» podía ser desautorizada por cualquier facción, visto lo fácil que era abochornar a cualquier portavoz que hubiera dado su palabra. El criterio práctico que sostenía a la CNT era la convicción de que la presión callejera (manifestaciones, huelgas, violencia terrorista y hasta alzamientos armados) era un sustitutivo funcional de la participación electoral y parlamentaria. Ésta era la lógica que operaba tras el reguero de levantamientos de 1931, 1932 y 1933, que fracasaron en el objetivo de imponer el programa legislativo anarcosindicalista (la llamada «República sindical», consistente en la confederación regional y la representación de los sindicatos en las Cortes) a los parlamentarios republicanos sin que tal disfunción provocara significativa reorientación estratégica alguna (en contraste a la táctica). La famosa política de abstencionismo electoral tampoco sirvió para establecer un juego de toma y daca con los partidos, en la medida en que no produjo más que una sensación vaga de protesta⁸⁴. Solamente algunos militantes que abandonaron la CNT oficial sacaron la deducción apropiada: algunos como Sebastia Clara o Pere Foix se afiliaron a la ERC; otros, encabezados por Ángel Pestaña, fundaron un Partido Sindicalista bastante testimonial en 1934⁸⁵.

Este vacío institucional en el corazón mismo de la CNT evidencia el grado en el cual el anarcosindicalismo nunca podía realizar aquello que pretendía hacer: convertir su base de afiliación en una efectiva voz corporativa capaz de imponer su voluntad a los fabricantes y al gobierno regional que reconocía como algo doctrinalmente aceptable en la medida en que no era exactamente el «Estado»⁸⁶. Nunca

⁸⁴ El papel del abstencionismo electoral ha sido reinterpretado en los últimos años por politólogos, véase MOLAS, I.: *Abstenir-se és una altra manera de participar*, Working Paper 100, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 1994; también, con un enfoque diverso, VILANOVA, M.: «Anarchism, Political Participation and Illiteracy in Barcelona between 1934 and 1936», *American Historical Review*, vol. 97, núm. 1, febrero de 1992, pp. 96-120.

⁸⁵ TAVERA, S., y UCELAY-DA CAL, E.: «"L'abstencionisme, durant la República, només podia dur-nos als camps de concentració": Conversa amb Sebastia Clara, un líder cenetista català», *L'Avenç*, núm. 6, octubre de 1977, pp. 11-18, YREQUENA, M.: «L'acció insurreccional a les províncies de Castella-La Mancha», *L'Avenç*, núm. 196, octubre de 1995, pp. 12-17.

⁸⁶ MACARRO, J. M.: «La disolución de la utopía en el movimiento anarcosindicalista español», *Historia Social*, núm. 15, invierno de 1993, pp. 139-160.

pudo llevar a cabo un «intercambio clientelar» con la Esquerra y el apoyo rival de ésta⁸⁷. Incluso en el verano y el otoño de 1936, cuando los anarcosindicalistas y los grupos informalmente se fundieron en una conjunción CNT-FAI y la situación caótica favoreció netamente al peso del movimiento libertario, los cuadros dirigentes –en gran medida, todavía el grupo de Durruti y García Oliver (Ascaso murió en los primeros días de lucha)– insistieron en retener a la Generalitat y a la Esquerra en una famosa entrevista el 20 de julio, acabado el tiroteo en Barcelona, en la que el presidente Companys los manipuló con el farol de una hipotética dimisión suya y la consiguiente disolución del gobierno catalán⁸⁸. Falta de voluntad política, confusión y agria discusión entre facciones enfrentadas permitieron a las autoridades catalanas recuperarse e incluso atraer a la representación de la CNT a un juego institucional clásico: una vez metidos en el ejecutivo catalán, no había buenas razones para quedarse fuera del gobierno central y, así, tres destacados personajes de la CNT entraron en el ministerio de Largo Caballero a principios de noviembre de 1936.

La evaporación de la presencia nacionalista se hizo definitiva al ser destapada, a finales de noviembre, una torpe conspiración contra Companys, supuestamente avalada por Casanovas. Fue toda la ventaja que necesitaban los «socialistas unificados» para presentarse como los herederos del populismo de la Esquerra de «antes de la revolución»⁸⁹. La cabeza del partido era al fin y al cabo Joan Camarera, antes dirigente de la USC y largamente consejero de gobierno bajo Companys. A partir de la base tradicional socialista –la UGT era una fuerza minoritaria pero a pesar de ello tenía bastante representación– los «socialistas unificados» acumularon las secciones sindicales de todos sus partidos miembros, así como la del POUM, un serio error táctico por parte de los «marxistas unificados»⁹⁰. De

⁸⁷ Véase el modelo de CORZO FERNÁNDEZ, S.: *El clientelismo político como intercambio*, Working Paper 206, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 2002.

⁸⁸ GARCÍA OUVÉ, J.: *El eco de los pasos*, París, Ruedo Ibérico, 1978, pp. 171 Y 176-177.

⁸⁹ Detalles del asunto, que significó el asesinato tolerado del comisario de Orden Público de la Generalitat, en RENYER, J.: *Jaume Cornudella i Olivé: patriotisme i resistència 0915-1983*, Lérida, Pagés Editors, 2001.

⁹⁰ BALLESTER, D.: *Els anys de la guerra. La UCY de Catalunya 0936-1939*, Barcelona, Columna-Fundació Josep Comaposada, 1998; también, por el mismo autor:

hecho, el PSUC dirigió una progresiva toma de los espacios nacionalista y de la Esquerra: el frente amplio ofrecido por los stalinistas catalanes unidos se hizo gradualmente con el control del principal sindicato campesino (la Unió de Rabassaires); de la asociación de trabajadores de «cuello blanco» (el Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria), y, más adelante, de la unión estudiantil republicana nacionalista (la Federació Nacionalista d'Estudiants de Catalunya) ⁹¹. Así, el PSUC centralizó efectivamente un amplio sector sociopolítico en un modo que era cómodo para los hábitos mesocráticos catalanes, impulsando el ideal de coordinación y razonabilidad y de la *penya* contra el parloteo sin fin de los comités controlados por los anarquistas: «*més menjar i menys comités*» fue la consigna de los «socialistas unificados». El principal instrumento de su asalto a la vistosa pero frágil hegemonía de los libertarios fue la cuestión del aprovisionamiento de la insaciable garganta urbana -comida, jabón y aceite o carbón-, cuyos sistemas de distribución habían quedado desorganizados en los meses iniciales de confusión y no habían sido mejorados con los apaños anarquistas en tanto se aproximaba el frío. El PSUC consiguió sin duda descolocar a sus rivales, pero, si bien la distribución de recursos no mejoró gran cosa, la mayor intervención del gobierno central tras la primavera de 1937 aseguró una censura y una vigilancia de la opinión más eficaces ⁹².

El ataque a los libertarios empezó con el aislamiento del POUM en la crisis gubernamental de mediados de diciembre de 1936, en la que Camarera dio hábilmente la vuelta al tema del complot nacionalista y lo convirtió en un ataque al «peligro trotskista» ⁹³. En esta coyuntura crucial, los portavoces libertarios creyeron conveniente

«*L'instrument sindical*» del PSUC durant la guerra civil. La UCT de Catalunya (1936-1937), Working Paper 127, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 1997; para el CADCI, ANTÓN, J. (comp.): *Catalunya avant' Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria, 1903-1939*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1992; también DURGAN, A.: «Sindicalismo y marxismo en Cataluña, 1931-1936. Hacia la fundación de la Federación Obrera de Unificación Sindical», *Historia Social*, núm. 8, otoño de 1990, pp. 29-45.

⁹¹ Si puede parecer excesivo hablar de stalinistas catalanes, véase *Catalunya a la URSS*, Barcelona, Associació d'Amics de la Unió Soviètica, 1938.

⁹² UCELAY-DA CAL, E.: *La Catalunya populista*, op. cit., cap. XI.

⁹³ Para una defensa ALBA, V., y SCHWARTZ, S.: *Spanish Marxism and Soviet Communism. A History of the POUM*, New Brunswick, Transaction, 1988.

aceptar un dibujo general de la revolución que era el modelo funcional socialista revolucionario del POUM porque ofrecía una síntesis que favorecía a la CNT-FAI como organización representativa de la clase obrera, al menos en Cataluña, el centro indiscutible de la «transformación social espontánea». Este modelo sirvió para tatar las disputas internas de la CNT y darles además a los libertarios un barniz unitario y un discurso genérico situado a un nivel superior de sofisticación del que acostumbraban a utilizar. Además, el argumento de la «unidad de la clase obrera» devino indispensable para la CNT-FAI en la medida en que sus pugnas interiores se hicieron públicas durante el prolongado colapso del gabinete Tarradellas a lo largo de abril. Los famosos «Hechos de mayo» de 1937 en Barcelona y otras ciudades catalanas son usualmente presentados como una lucha emblemática de los stalinistas «burgueses» y sus instructores soviéticos contra los revolucionarios del POUM y las huestes obreras confederales. Pero *además* fueron una pelea interna entre contrapuestas opciones libertarias, una pugna casi virtual si no fuera por los muertos, que embrolló a los «marxistas unificados» para su ruina y de la que los «socialistas unificados» estuvieron bien prestos a sacar ventaja. Frente a la reorganización inminente de los gobiernos central y catalán, los «gubernamentalistas» de la CNT, considerados como «centralizadores», fueron retados por aquellos sectores anarcasindicalistas que, durante el verano de 1936, habían podido establecer alguna medida de poder particularista -dominando localidades mediante los comités locales, acomodados en las improvisadas «Patrullas de Control» o al mando de columnas milicianas- y ahora temían perderlo. En último término, salieron perjudicados ambos bandos de la disputa cenetista, como también lo hicieron los «populistas» de la Esquerra, ya que el gobierno central efectivamente se hizo cargo de Cataluña. Solamente el PSUC pareció haberse beneficiado de la confrontación, si bien ni esa ventaja estaba clara.

¿Una imitación española del populismo?

La triste realidad es que una represión bien planificada, con un claro designio político, puede resultar muy eficaz. Por el contrario, una represión sin dirección o «incontrolada», como la que se llevó a cabo en Cataluña entre el verano de 1936 y la primavera del 1937,

tuvo un elevadísimo coste político a corto plazo sin muchos beneficios, si bien, a la larga, permitió que se lavaran las manos de su responsabilidad todos los que habían estado involucrados de un modo u otro. De forma inmediata, proyectó al mundo una imagen de horror que hizo imposible cualquier esperanza nacionalista de independencia, ya que la opinión diplomática, con la posible excepción de los soviéticos, estaba de acuerdo en lo que concernía a la inviabilidad de la situación⁹⁴. El entusiasmo de los turistas revolucionarios, que pudieron mostrarse ciegos ante el asesinato, y la propaganda sobre «la obra constructiva de la revolución», a pesar de haber sido ambos tan importantes para disculpar asuntos infamantes, no pudieron disimular el hecho de que una corriente constante de refugiados catalanes huía del país hacia el primer destino accesible, ni eliminar la creciente protesta interna y el inicio de la disidencia organizada y su despliegue clandestino. Desde la caída de la dictadura de Franco, régimen que naturalmente quiso enfatizar la relevancia de este oculto sentimiento antirrevolucionario, ha estado de moda pretender que tales oponentes pueden ser ignorados por ser poco más que mera propaganda franquista.

Lamentablemente, no fue éste el caso: el coste político de *tolerar* el desorden dañó a todas las fuerzas sociales y políticas de Cataluña. Tolerar lo que venía a ser una privatización del orden público, con organizaciones rivales manteniendo prisiones particulares y realizando arrestos, desmoronó la voluntad de la ERC, al minar -incluso, a corto plazo, deslegitimizar- las sinergias que nutrían el populismo y sostenían a la Generalitat, o que sustentaban sus apoyos. La tolerancia aisló a los nacionalistas, que aparecieron como condescendientes con los católicos cuando ello era inconveniente, ya que Estat Catala se sostenía con evasiones previo pago; de ahí, por exceso compensatorio, su anticlericalismo, expresado contra figuras demo-

⁹⁴ Véase, como muestra, CASANOVAS i PRAT, J.: «La Catalunya de Mr. King: el consolat britànic de Barcelona durant la Guerra Civil (1936-1939)», *Perspectiva Social*, núm. 35, 1994, pp. 43-61. Algo de la complejidad de las opciones nacionalistas catalanas se pueden seguir en AVILÉS, J.: «França i el nacionalisme català a principis de la Guerra Civil», *L'Avenç*, núm. 223, marzo de 1998, pp. 16-20, YMORADIELLOS, E.: «El govern britànic i Catalunya durant la Segona República», *op. cit.*, pp. 21-27; también, reflejando el optimismo local, COLOMER, L.: «La preparació de la independència de Catalunya durant la guerra civil», *L'Avenç*, núm. 73, julio-agosto de 1984, pp. 604-612; la autojustificación nacionalista actual en CASTELLS, V.: *Nacionalisme català i guerra civil a Catalunya (1936-1939)*, Barcelona, Dalmau, 2002.

cristianas como Carrasco i Formiguera. Pero la tolerancia con el descontrol callejero también complicó el equilibrio interior de la CNT-FAI y trajo la confrontación entre intereses divergentes y compromisos con niveles diferentes de éxito coyuntural. Pendencieros o matones de pueblos, ciudades menores y hasta barrios de Barcelona, cuya posición era insostenible a largo término, se juntaron con aquellos que se sentían incomodados por la presión de la guerra y las exigencias de mayor coordinación; en otras palabras, era la alianza de los que más ventaja habían sacado del verano de 1936 y que ahora temían perder sus ganancias. Como es natural, tal provecho, por su dispersión, era cuestionado por los promocionados algo después, ya que en los eventos a finales del verano o del otoño habían alcanzado posiciones de mayor responsabilidad dentro de los gobiernos catalán o republicano. En consecuencia, el conflicto era en gran medida una riña de los Comités Nacional y Regional catalán de la CNT, con el respaldo de los mandos militares libertarios más o menos integrados en el ejército republicano, contra la Federación Local de Sindicatos de Barcelona y las Juventudes Libertarias, que canalizaron las quejas de los perdedores (coaligados algunos como «Amigos de Durruti», héroe que para entonces ya estaba convenientemente muerto), más las milicias anarquistas resistentes a la plena militarización⁹⁵. Sin embargo, incluso este extremismo salió, en algún sentido, del contexto populista: el líder de los «Amigos de Durruti», Jaume Balius, muy significativamente, comenzó su evolución política como joven activista católico-catalanista (Lliga de la Mare de Déu de Montserrat), para evolucionar hacia el Estat Catala de Macia, y luego de nacionalista radical a libertario revolucionario a ultranza.

En su esencia, la confrontación intestina de mayo hizo que la CNT-FAI se encontrara de lleno en una ruptura simbólica entre barrio y organización sindical (para entonces la fábrica era una dimensión casi trivial), los parámetros que sostenían su visión de clase obrera. *Peor todavía* la idea de clase podía justificar una «revolución» y así tapar el colapso de la organización política «burguesa») pero no

⁹⁵ FONTENIS, G.: *Le message révolutionnaire des «Amis de Durruti» (Espagne 1937)*, París, Editions L, 1983, Y GUILLAMÓN, A.: *The Friends of Durruti Group: 1937-1939*, Edinbrugh, AK Press, 1996. Para una visión menos apasionada de las tensiones internas anarcosindicalistas, TAVERA, S., y UCELAY-DA CAL, E.: «Grupos de afinidad, disciplina bélica y periodismo libertario, 1936-1938», *Historia Contemporánea*, núm. 9, 1993, pp. 167-190.

podía remplazar la nueva función legitimadora de la noción de «Pueblo catalán» que tan reciente pero sólidamente había erigido el contexto populista de preguerra. El POUM se apuntó a la bronca, pero en la medida en que era relativamente pequeño se transformó en la universal víctima propiciatoria ya que nadie podía seriamente contemplar la purga de la CNT. Desacreditar a los «marxistas unificados» era un cómodo obsequio para los stalinistas, tanto españoles como catalanes, que eran animados a luchar contra el «fascismo trotskista» por sus sostenedores soviéticos⁹⁶. Sin ofrecer ayuda práctica alguna, los anarcosindicalistas podían condolerse de los izquierdistas aplastados, al tiempo que tomaban el argumento poumista para su propio uso: la principal diferencia discursiva fue que los anarcosindicalistas enfatizaron las maquinaciones nacionalistas con el PSUC como evidencia condenatoria de la alevosía antirrevolucionaria, mientras que los trotskistas, naturalmente, prefirieron subrayar las ramificaciones de los servicios secretos soviéticos en España y la intervención de la mano pesada de Moscú en la «traición a la revolución»⁹⁷. Hasta cierto grado, los dirigentes anarcosindicalistas podían aprender de sus errores y, más adelante, se hicieron esfuerzos concertados para construir formalmente un «Movimiento Libertario» mediante la integración de la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias: en abril de 1938 se frustró un primer intento de crear una versión para Cataluña; el acuerdo se logró finalmente en los primeros meses de 1939 con la constitución de un Movimiento Libertario Español, si bien muy significativamente éste se fundó en Perpiñán⁹⁸. Puede que la entidad anarcofeminista Mujeres Libres aspirara a convertirse en la cuarta pata de esta plataforma pero el sentimiento machista la cortó en seco. La verdad, por muy antipática que pueda resultarle a los historiadores sociales después de los años setenta, es que fue la derecha la que con tesón y éxito montó una poderosa organización de

⁹⁶ «Max Reiger», *Espionnage en Espagne*, París, Denoël, 1938.

⁹⁷ La versión oficial de la CNT-FAI [*Los sucesos de Barcelona. Relación documental de las trágicas jornadas de la primera semana de mayo 1937*, Barcelona (?), Ediciones Ebro, 1937] se puede contrastar con folletos trotskistas extranjeros como LANDAU, K.: «Le Stalinisme bourreau de la Révolution espagnole»; OLLIVIER, M.: «Les Journées sanglantes de Barcelone -mai 1937 (Le Guépéou en Espagne)»>, o «L'Assassinat d'Andres Nin», en OLLIVIER, M., YLANDAU, K.: *Les fossoyeurs de la Révolution sociale*, París, Spartacus, 1975.

⁹⁸ PEIRATS, J.: *La CNT en la revolución española*, vol. 3, París, Ruedo Ibérico, 1971, pp. 101-102, YLORENZO, C. M.: *op. cit.*, pp. 331-332.

género en la España de los años treinta: si Mujeres Libres aseguraba tener 20.000 afiliadas, la Sección Femenina del partido único franquista decía tener más de 500.000⁹⁹. En cualquier caso, con los «Hechos de mayo», la CNT-FAI perdió su oportunidad. Tras esperar a que los anarcosindicalistas recompusieran su figura y propusieran nuevos candidatos a su gabinete, Companys desistió y los excluyó. No ocurrió nada. Los anarcosindicalistas no volverían a estar nunca en situación de participar en los destinos de la Generalitat.

El ascenso en apariencia imparable del PSUC demostró ser tan débil como había sido antes la hegemonía transitoria de la CNT-FAI. Las discusiones internas entre anarquistas, junto con su incontinencia habitual, favoreció el juego de los «socialistas unificados», que supieron eliminar a sus rivales, los «marxistas unificados», y presentarse ellos mismos como la alternativa viable a la retraída y arrugada ERC. Movilizando su amparo del lado de la Esquerra y la Generalitat contra una unidad izquierdista mucho más aparente que real, los stalinistas catalanes fueron capaces de identificarse con la tendencia hacia la recuperación del gobierno republicano central, justo en el momento en que a mediados de mayo de 1937 se deshizo la coalición de Largo Caballero y un nuevo equilibrio se formó alrededor del doctor Negrín, el ala socialista que seguía a Prieto, y los comunistas españoles. Largo había fundamentado su éxito, en la medida que fue tal, en lo que podría llamarse una coalición de particularismos, o sea el reconocimiento de situaciones locales tal como evolucionaron a finales del verano o en el otoño cuando se les concedió estado legal. Los «socialistas unificados», pues, se encontraban en una circunstancia en apariencia óptima. La situación, tras la primavera de 1937, dió al PSUC la interesante posibilidad de presentarse, al mismo tiempo, como el partido de gobierno responsable, como la expresión práctica del nacionalismo local y aunque fuera paradójicamente, como los colaboradores más eficaces del esfuerzo bélico identificado con la alianza de socialistas negrinistas y comunistas españoles. Sin embar-

⁹⁹ Contra lo que se argumenta aquí NASH, M.: *Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939*, Barcelona, Fontamara, 1981; como también, de la misma autora: *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil*, Madrid, Taurus, 1999; también ACKELSBERC, M. A.: *Mujeres Libres. El anarquismo y la emancipación de las mujeres* (1991), Barcelona, Virus, 1999; para la cifra franquista, Sección Femenina de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS: *La Sección Femenina. Historia y organización*, Madrid, 1952, p. 20: «afiliadas a la Sección Femenina»: 580.000.

go, a pesar de la gama de posibilidades de oferta populista por sucesión, la circunstancia del PSUC había alcanzado un techo práctico y las cosas nunca mejoraron a partir de ahí.

Para empezar, había costes ocultos: la confrontación entre PSUC y POUM rompió la consonancia de fondo del socialismo catalanista, vivo desde los días exaltados de entusiasmo francófilo durante la Primera Guerra Mundial, y que habían llevado una dispersa militancia del movimiento separatista de Macià en los años veinte, a través del nacionalismo de izquierdas de los años 1931-1932 y, de ahí, a casi todos los partidos marxistas ¹⁰⁰. Amistades de toda la vida se rompieron, destruyendo la red social que sostenía la tendencia general hacia el marxismo nacional catalán, alejándola de la opción alternativa de un «fascismo catalán». El capital social del movimiento «nacionalista-socialista», su infraestructura de barrio, quedó escindido para siempre (o al menos hasta la reconstrucción posfranquista, en los años setenta, ya en circunstancias totalmente diferentes); con ello, a pesar de su éxito aparente, el «socialismo unificado» marcó el límite de su crecimiento ¹⁰¹. Además, el PSUC nunca supo desplazar a la vieja Esquerra del cascarón de la Generalitat ni colocarse él dentro, en su lugar. Finalmente y lo peor de todo a corto plazo, el espacio político que el PSUC podía haber asumido por más o menos lícito derecho de sucesión como heredero del ya gastado populismo de Macià y Companys, fue bloqueado por la creciente intervención en Cataluña del renovado gobierno central que, en la medida que la situación militar empeoraba, tendía a incrementar el contenido patriótico de su proyección pública. El PSUC, pues, nunca tuvo el poder suficiente para afianzar su legitimidad como heredero del populismo más allá de su propia realidad como partido ¹⁰².

¹⁰⁰ MARTÍNEZ FIAL, D.: *Els «voluntaris catalans» a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1991, y *Daniel Domingo Montserrat (1900-1968). Entre el marxisme i el nacionalisme radical*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 2001, y UCELAY-DA CAL, E.: «La crisi dels nacionalistes radicals catalans (1931-1932)», *Recerques*, núm. 8, 1978, pp. 159-206.

¹⁰¹ Para la elaboración del «marxismo nacional» en Cataluña, «Roger Arnau» U. BENETJ: *Marxisme català i qüestió nacional catalana (1930-1936)*, 2 vols., París, Edicions Catalanes de París, 1974; en el contexto soviético MARTIN, T.: *The Affirmative Action Empire. Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 2001.

¹⁰² Para la temática de legitimación en este sentido, véase RIGBY, T. H., y FEHÉR, F. (eds.): *Political Legitimation in Communist States*, Londres, MacMillan, 1982.

Se ha sugerido que la política de Negrín (o al menos, su justificación ideológica muy especialmente después de que el gobierno se trasladara de Valencia a Barcelona en octubre de 1937) puede entenderse como una especie de «neopopulismo» español ¹⁰³. Esta idea ha sido discutida más recientemente a partir del planteamiento de que ese «neopopulismo» no cuajó como movimiento de maneras que fueran verdaderamente comparables a las características sociales del fenómeno catalán ¹⁰⁴. Sin duda, nada en el republicanismo español fue comparable al atractivo de masas de la Esquerra y al culto de la personalidad de Macià que Companys supo manipular. El más destacado líder de masas en España, Azaña, nunca logró disfrutar del carisma del fundador de la autonomía catalana, cuyos seguidores y adoradores podían llegar al extremo de montar en sus humildes hogares pequeños altares con lamparillas encendidas en recuerdo suyo ¹⁰⁵. Poco aclara la comparación entre la catalana Esquerra Republicana y la Izquierda Republicana azañista (llamado el «Partit Republicà d'Esquerra» en Cataluña, para evitar las confusiones).

Una explicación apropiada del «neopopulismo» español, pues, requiere cierto retrotraimiento, enfocado hacia la política española y, en concreto, hacia la situación de las izquierdas. En los años treinta, la paradoja del republicanismo de izquierdas español radicaba en que su fuerza principal, los socialistas, no era un partido estrictamente *republicano*) sino un movimiento obrerista, que combinaba partido y sindicato, y podía argumentar, tal como hizo tras las elecciones de febrero de 1936, que en plena conciencia no debía participar en un gobierno «burgués». El aspecto más importante de su función política estaba condicionado por el hecho de que los socialistas estaban agriamente escindidos entre «caballeristas» revolucionarios y «prietistas» más convencionales. Los «caballeristas» monopolizaron el nuevo crecimiento tanto del partido como del sindicato en áreas rurales del sur español (Andalucía, Extremadura y La Mancha), una base muy lejana del ideal de clase obrera urbana propio de la doctrina

¹⁰³ UCELAY-DA CAL, E.: *La Catalunya populista*, op. cit., pp. 335-348.

¹⁰⁴ GODICHEAU, F.: *Répression et Ordre Publicque en Catalogne pendant la Guerre Civile* (1936-1939), 3 vols., tesis doctoral, París, École des Hauts Études en Sciences Sociales, 2001.

¹⁰⁵ Para un relato del culto a Macià GISPERT, I. de.: *Memories d'un neuròleg*, Barcelona, Selecta, 1976, p. 73; en general, véase UCELAY-DA CAL, E.: «La fascinació d'Azaña: l'home de papen», *L'Avenç*, núm. 152, octubre de 1991, pp. 54-59.

socialista; su punta de lanza era el nuevo sindicato campesino de la UGT, la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra. Sin poder ofertar nada más que asistencia social y la lenta aplicación de la Ley de Reforma Agraria ante las exigencias apremiantes de su recién adquirida militancia, los «caballeristas» suplieron esta falta con una abundancia de ideología radical, propusieron la «bolchevización» del partido socialista, con Largo como «Lenin» español, y cortejaron al diminuto partido stalinista español con la esperanza de llevarlo al redil, con lo cual, por peso sumado, ellos ganarían control absoluto del movimiento socialista en contra de todos los sectores opuestos ¹⁰⁶. En 1936, Largo presionó duramente contra Azaña y lo quitó de en medio promovándolo en mayo a la presidencia de la República y bloqueando más adelante sus intentos de tomar el control de la situación frente al golpe de julio insistiendo en obtener para sí el cargo de primer ministro, lo que finalmente consiguió en septiembre. Pero, la reorientación de sus aliados comunistas dejó solo a Largo frente a los enemigos que intrigaban en sus propias filas. El doctor Juan Negrín, su ministro de Hacienda y conocido «prietista», que había llegado a un entendimiento con los representantes soviéticos al enviar las reservas españolas de oro a Moscú, pudo presentar un frente común con los stalinistas y los republicanos y, muy significativamente, sin los anarcosindicalistas, colocando a Prieto en un Ministerio de Defensa unificado ¹⁰⁷.

Tras las importantes batallas de principios de 1937 -que impidieron la dirección táctica de la guerra hacia la periferia, lejos de Madrid-, Negrín sabiamente retiró la capitalidad republicana hasta Barcelona, temiendo el aislamiento de Valencia y de lo que se conocería como la «zona central», encierro que en efecto ocurriría en

¹⁰⁶ Se dedicó considerable atención a los caballeristas en los años setenta y primeros ochenta, BIZCARRONDO, M.: *Araquistain y la crisis socialista en la Segunda República Leviatán* (1934-1936), Madrid, Siglo XXI, 1975; JULIÁ, S.: *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1977; BLAS, A. de: *El socialismo radical en la Segunda República*, Madrid, Tucur, 1978, y CONTRERAS, M.: *El PSOE en la Segunda República: organización e ideología*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1981.

¹⁰⁷ Un tratamiento detallado de las pugnas internas socialistas en GRAHAM, H.: *Socialism and War. The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*, Cambridge (UK), Cambridge University Press, 1991. Véase también GIBAJA VELAZQUEZ, J. C.: *Indalecio Prieto y el socialismo español*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1995.

las campañas de la primavera de 1938. La presencia del gobierno republicano en la ciudad condal ya se había hecho sentir tras los «Hechos de mayo», cuando Negrín se hizo con el orden público y convirtió la zona de nuevo en región. A pesar de protestas que venían de todas partes en la política catalana contra la acción «centralista», Cataluña no era en realidad más que un vacío político que esperaba ser llenado, en la medida en que nadie estaba dispuesto a ejercer un control claro e imponer un poder indiscutido al contexto desordenado. Impulsado por la presión misma del esfuerzo bélico, Negrín se atrevió a dar más y más pasos en direcciones como la toma de la industria regional de armamentos. La aparente osadía negrinista revelaba la medida en que la situación catalana era una especie de simulación en la que los desafíos institucionales acumulados por las autoridades centrales no recibían más respuesta que unas meras quejas verbales. Después de la crisis de gobierno del 8 de abril de 1938 en Barcelona, en la que Negrín alardeó con una muestra de poderío militar, entre manifestaciones callejeras comunistas, para obligar a Prieto a retirarse y, de pasada, para subrayar la fidelidad de las fuerzas armadas a su propia opción personal, Companys fue reconocido más o menos como la cabeza de la oposición leal al gobierno central. En esta misma crisis, para ampliar su apoyo político, Negrín readmitió a los anarcosindicalistas, en marcado contraste con su exclusión sostenida del gabinete de Companys.

Llegado a este punto, Negrín requería una oferta ideológica que pudiera dar cobertura adecuada a su postura y hacerla creíble tanto en el extranjero como en las cercadas áreas republicanas. Necesitaba que tal oferta funcionase como apelación descarnada a la resistencia a toda costa (con la esperanza de que estallara un conflicto europeo generalizado causado por el descarado expansionismo hitleriano de 1938) pero que también tuviera sentido en las negociaciones secretas que pudieran realizarse para pactar un fin de la guerra civil. El nuevo discurso tenía que disimular la primacía de los militares en la política interna republicana y disculpar la creciente visibilidad de los comunistas, todo en nombre del «gobierno de unidad nacional». Lo que mejor se ajustaba a todas estas consideraciones era la invocación de la lucha española contra la invasión napoleónica y, por lo tanto, la contienda fue oficialmente llamada «segunda guerra de independencia». Con toda la propaganda republicana referente a un ataque extranjero, nazi y fascista, contra el gobierno español legítimamente

elegido, la idea patriótica cobraba sentido en relación a argumentos pasados pero también respecto a opciones futuras. El recuerdo del «Dos de mayo», la referencia nacionalista más destacada de la España decimonónica, daba coherencia a todo y allí donde alusiones a Madrid podían incomodar a la irritable sensibilidad particularista, se promovieron imágenes apropiadas tomadas de la lucha *catalana* contra los invasores.

Esta enorme campaña publicitaria fue muy sistemática y produjo un amplio repertorio de materiales que cubrían todos los ángulos sociales posibles, desde octavillas o carteles hasta libros eruditos (siendo entonces la participación de intelectuales muy altamente valorada). Sin embargo, puede que por el hecho de producirse todo en Barcelona, este «nuevo patriotismo» fue mimético respecto al populismo catalán, que interaccionaba con sus clichés ideológicos, contruidos sobre la idea de una unidad nacional *catalana* y su necesaria defensa. Este discurso de «neopopulismo español» (el incesante combate del *Pueblo* español por su libertad) llenaba un hueco político, un espacio que la Esquerra había abandonado o no era capaz de llenar, que la CNT-FAI nunca había disputado seriamente, y que el PSUC en último extremo se mostraba incapaz de ocupar dada su creciente relación «fraterna» con los comunistas españoles a los que asesores soviéticos (como el italiano Togliatti) respaldaron con fuerza ¹⁰⁸. El «neopopulismo español» fue diseñado para atraer la avalancha de militares y funcionarios españoles que llegaron a la ciudad condal siguiendo al gobierno central y, también, para establecer un puente sentimental entre la zona central y Cataluña sin ofender a los catalanes más de lo que fuera imperativo. Barcelona, con una población de algo más de un millón de habitantes antes del estallido de la guerra, se había ensanchado hasta unos tres millones con los empleados públicos y sus familias, el personal militar y los refugiados. Pero esta amalgama heterogénea de gente, cansada y mal alimentada, no era un *Pueblo* en un sentido militante, con una identidad agresiva. Por lo tanto, el «neopopulismo español» nunca desarrolló una efectiva base de masas y falló en la prueba crítica de adquirir la voluntad de resistencia que Negrín predicaba. Al contrario de Madrid (y del recuerdo de los sitios de Gerona y Tarragona por el francés), Barcelona no resultó ser otra heroica resistencia al asedio, sino que cayó ante

¹⁰⁸ TOGLIATTI, P.: *Escritos sobre la Guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1980.

las fuerzas franquistas a finales de enero de 1939, sin mayor ruido. En vez de su conversión en una fortaleza inexpugnable, lo que marcó la toma de la capital catalana fue la salida despavorida de centenares de miles de personas. Una vez acabada la guerra española, Stalin, característicamente, mostró su favor hacia el PSUE, que se convirtió en la única excepción a la regla de «un estado, un partido» de la Internacional comunista. Los catalanes de izquierdas, todavía hoy, dan, como es lógico, gran importancia a este hecho, pero en verdad ello reflejaba poco más que el extraordinario sentido expeditivo del dictador soviético, dispuesto a ganar una organización servil mientras dejaba a sus agentes responsables indefensos ante la crítica ¹⁰⁹.

El balance historiográfico y el calor duradero de las viejas ideologías

En ningún caso resulta más equivocado el tópico de que «la historia la escriben los vencedores» que en el de la guerra civil española. Durante muchas décadas, fuera de España, ningún historiador bien considerado profesionalmente hubiera podido tomar como válida, sin mucho matizar, el discurso interpretativo de la *Historia de la Cruzada Española* de Arrarás y Aznar ¹¹⁰. En España, muerta la censura activa, desapareció, excepto para reducidos públicos nostálgicos, tal interpretación ¹¹¹. No fue la propaganda franquista sino el discurso republicano el que ganó la lucha ideológica, y, por tanto, la ulterior pugna historiográfica, fuera el que fuera el resultado en

¹⁰⁹ Para la idea de que los soviéticos encontraron especialmente útiles a los «nacionalismos minoritarios» TER MINASSIAN, T.: *Colporteurs du Kamintern. L'Union Soviétique et les minorités au Moyen-Orient*, París, Presses de Sciences Po [sic], 1997. Para el PSUC en la inmediata posguerra CAMINAL, M.: *Joan Camorera*, vol. III, *Comunisme i nacionalisme (1939-1958)*, Barcelona, Empúries, 1985; MARTÍN RAMOS, J. L.: *Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947*, Barcelona, Edhasa, 2002.

¹¹⁰ ARRARÁS, J. (dir.): *Historia de la Cruzada Española*, 36 vals., Madrid, Ediciones Españolas, 1939-1944.

¹¹¹ Recientemente, un revisionismo de converso ha recuperado, como si de una novedad se tratara, la crítica radical contrarrevolucionaria de entonces, aun refrescándola con la perspectiva acumulada; de hecho, las preguntas de fondo todavía por hacer se quedan igual, aunque invertidas, como muestra MOA, P.: *Los mitos de la guerra civil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003 (para Cataluña, caps. 4-5).

el campo de batalla (o puede que gracias precisamente a ello, como el lamento de un nuevo tipo de «causa perdida»).

En todo caso, la justificación republicana estuvo dividida en dos argumentos enfrentados. En primer lugar, lo que se convirtió en el corazón discursivo del «populismo español» (la idea de que España era una sociedad «feudal» cuyos reaccionarios se unieron con el «fascismo internacional» contra sus instituciones legítimas y democráticas dedicadas a una reforma moderada); en segundo lugar y en abierta oposición a la anterior, la explicación exculpatoria del fracaso de la ultraizquierda (la «revolución burguesa» no realizada en España se hizo tarea del «proletariado», que llevó adelante su propia revolución de clase, espontánea y llena de carga de transformación social contra un alzamiento «fascista», pero que fue malograda por la *contrarrevolución* de la «burguesía» republicana y sus aliados stalinistas y soviéticos). Se daba a escoger entre una épica y una tragedia. La relevancia ideológica de lo que debería ser un conflicto más, olvidado como tantos otros, se debe directamente al significado simbólico mundial de la guerra civil española. España fue un lugar en el que se podía comprobar la validez del «frente popular» -demócratas, socialistas y comunistas juntos- como una alianza contra las formas modernas de la reacción (al contrario, por supuesto, de la prueba antitética: la unión de conservadores y de extrema derecha contra el comunismo). Así, al menos historiográficamente, sigue la cosa hoy, a pesar de que tras la caída de la Unión Soviética es un tema irrelevante.

En este gran debate se quedaron fuera, en gran medida, los republicanos y nacionalistas catalanes. Respondieron ensimismándose e insinuando que el conflicto fue en verdad una guerra española contra Cataluña, en la que daba igual si el asalto lo habían realizado inmigrantes anarquistas, negrinistas abusones o franquistas centralizadores. La memoria del populismo se transmutó en identidad popular para el catalanismo, según el cual todas las restantes alternativas ideológicas eran o «esencialmente» catalanas (como la CNT en su entraña más íntima) o criminalmente anticatalanas ¹¹². Este enfoque, establecido (una vez más) en los años sesenta, sirvió como legitimización para recuperar la autonomía catalana en 1977, con el retorno del presidente de la Generalitat en el exilio, Tarradellas. Después

¹¹² TERMES, J.: *Federalismo) anarcosindicalismo y catalanismo)* Barcelona, Anagrama, 1976.

de 1980, más de dos décadas de mando nacionalista bajo Jordi Pujol han derivado buena parte de su inspiración de la experiencia antecedente de los años treinta, apropiadamente reinterpretada a través de un catolicismo atenuado y deliberadamente moderno. Ni que decir tiene que la historiografía catalana ha insistido en esta misma perspectiva de catalanización funcional.

Por su parte, los libertarios cometieron un grave error conceptual al asumir la autojustificadora versión comunista de izquierdas de la derrota revolucionaria como una tragedia con tema de *traición*. Este préstamo tuvo un coste oculto, ya que el modelo era básicamente trotskista en su origen. Destacadas preocupaciones ideológicas, propias del movimiento libertario, fueron en consecuencia relegadas a cambio de una configuración derivada del leninismo que enfatizaba el papel del proletariado en un esquema más amplio de revolución clasista que era economicista en su enfoque, algo ajeno a la tradición libertaria de dentro o fuera de España ¹¹³. El fracaso de la revolución anarcosindicalista puede considerarse trágico si así se desea. Pero fue una derrota nacida de la ineptitud y de competidores más hábiles, no de la traición.

Durante el conflicto español, esta interpretación fue fuente de clarificación de asuntos frecuentemente turbios para publicistas trotskistas (como Felix Morrow) o, lo que no era exactamente lo mismo, para defensores de la línea poumista (como «Henri Rabasseire»); sirvió como base para una explicación sistemática de la revolución y la guerra que colocaba el peso y la responsabilidad del fracaso revolucionario en los stalinistas y sus aliados moderados en vez de en revolucionarios «verdaderos» traicionados por el Kremlin y las democracias occidentales ¹¹⁴. Todo lo cual minimizaba a los libertarios. Esta línea, empaquetada como mamotreto en la postguerra por el trotskista G. Munis (pseudónimo de Manuel Fernández-Grandizo Martínez), llegó a ser un foco especialmente atractivo para la historiografía de izquierdas antistaliniana en los años de la Guerra Fría, siendo fijada por una secuencia de estudios más profesionales a prin-

¹¹³ GARCÍA PRADAS, J.: *Rusia y España*, París, Tierra y Libertad, 1948.

¹¹⁴ MORROW, F.: *Revolution and Counter-revolution in Spain* (1938), Nueva York, Pathfinder, 1974, y «Henri Rabasseire» [H. PACHTER]: *España crisol político* (1938), Buenos Aires, Proyección, 1966. Véase, en general, el estudio monumental de ALEXANDER, R. J.: *International Trotskyism, 1929-1985*, Durham, Duke University Press, 1991.

cipios de los años sesenta ¹¹⁵. Como resultado directo de las obras de Carlos Rama (en castellano), Burnett Bolloten (en inglés) y Pierre Broué (en francés), este punto de vista quedó codificado como la sabiduría convencional historiográfica en lo que concernía a la «revolución española», especialmente fuera de España ¹¹⁶. Algo paradójicamente, este guión tuvo éxito porque sirvió al pensamiento estratégico anticomunista de la Guerra Fría, en tanto que denunciaba la penetración a través de «frentes comunistas» y el establecimiento de la primera «democracia popular» tal como, más adelante, llegó a ser marca característica del sistema soviético de Estados dependientes, incluyendo refinamientos tales como el modelo para un partido «socialista unificado» que rigió en la Alemania oriental ¹¹⁷. Toda esta denuncia ha llegado tan lejos que la represión por la izquierda durante el conflicto español ha sido virtualmente reducida a la que realizaron los comunistas durante su ascendencia relativa entre mediados de 1937 y el colapso en 1939 ¹¹⁸. Hasta se les quiere atribuir, todavía hoy, los «Hechos de mayo» como si se tratara exclusivamente de un complot anti-poumista montado por los servicios soviéticos ¹¹⁹. A primera vista, puede parecer sorprendente que este enfoque interpretativo se haya sostenido relativamente incólume entre hispanistas, si no fuera por el hecho de reflejar la relegación del tema mismo

¹¹⁵ MUNIS, G.: *Jalones de derrota, promesa de victoria* (1948), Bilbao, Zera, 1977.

¹¹⁶ RAMA, C.: *La crisis española del siglo xx*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1960; BOLLOTEN, B.: *The Grand Camouflage*, Nueva York, Praeger, 1961, el autor se dedicó a reelaborarla durante el resto de su vida, véase *La revolución española*, Barcelona, Grijalbo, 1980, y *La Guerra Civil española. Revolución y contrarrevolución*, Madrid, Alianza, 1989, y BROUÉ, P., y TÉMIME, E.: *La révolution et la guerre civile en Espagne*, París, Éditions de Minuit, 1961, y la versión posterior de BROUÉ, P.: *Stalin et la Révolution. Le cas espagnol* (1936-1939), París, Fayard, 1993.

¹¹⁷ Véase el relato significado del ideólogo del POUM GORKÍN, J.: «Spain: First Test of a People's Democracy», en KIRKPATRICK, J. (ed.): *The Strategy Of Deception: A Study in World-wide Communist Tactics*, Nueva York, Farrar Straus, 1963, pp. 995-226. Como se sabe, andando el tiempo, en los años ochenta, Kirkpatrick fue una de los asesores más destacados de Ronald Reagan sobre política exterior.

¹¹⁸ COURTOIS, S., y PANNÉ, J.-L.: «L'ombre portée du NKVD en Espagne», en COURTOIS, S., y otras: *Le livre noir du communisme. Crimes terreur, répression*, París, Robert Laffont, 1997, pp. 365-386.

¹¹⁹ ALEXANDER, R. J.: *The Anarchists in the Spanish Civil War*, vol. 2, Londres, Janus, 1999, pp. 938-944; RADOSH, R.; HABECK, M. R., y SEVOSTIANOV, G. (eds.): *Spain Betrayed. The Soviet Union and the Spanish Civil War*, New Haven, Yale University Press, 2001, pp. 172-174.

de la contienda española, que, aparcado, ha quedado en una especie de *statu qua ante* historiográfico.

Por otra parte, ya en el marco español, en la historia contemporánea patria, tal apego internacional al trotskismo interpretativo no ha tenido resonancia. Muy al contrario, la historiografía en sus diversas vertientes (española, catalana, local) se apuntó a lo que se podría llamar un enfoque «frentepopulista», que partía de un marxismo atenuado y de una identificación nacionalista que derivaba precisamente de la domesticación ecléctica de los discursos más o menos reivindicativos de la «España popular» (o de la Cataluña republicana) que marcaron la publicística del final de la guerra y la larga posguerra y el exilio, y que rebrotarían con la «nueva izquierda» de los años sesenta y setenta ¹²⁰. Así, se forjó una perspectiva interpretativa que partía de la convicción de superioridad taxonómica de la «revolución obrera» frente a la «revolución popular», debido a la inexorable lógica clasista del desarrollo capitalista ¹²¹. A la vista del fin del siglo xx, no queda tan clara la cosa. En realidad, la contemporanéística hispana, en su diversidad, nació en enfrentamiento abierto con la dictadura franquista, por lo que se explica la persistencia de las convenciones marxistas mucho más allá del colapso de la Unión Soviética. Tal pervivencia representa un testimonio perverso de la naturaleza traumática de la guerra civil en la mentalidad de la sociedad española, por mucho que la urbanización y la industrialización hayan cambiado su tejido hasta quitarle toda semejanza con el pasado ¹²².

Conclusión catalana

En resumen, las explicaciones teleológicas de los años treinta, que se fundamentan en el prodigioso rol social que habría de ejercer el proletariado al dejar atrás a la burguesía y la pequeña burguesía,

¹²⁰ UCELAY-DA CAL, E.: «La historiografía en Cataluña (1960-1980)...», *op. cit.*

¹²¹ JULIÁ, S.: «De revolución popular a revolución obrera», *Historia Social*, núm. 1, primavera-verano de 1988, pp. 29-43, YPANIAGUA, J.: «Una gran pregunta y varias respuestas. El anarquismo español: desde la política a la historiografía», *Historia Social*, núm. 12, invierno de 1992, pp. 31-57. El debate mayor en la historiografía de la época se puede seguir parcialmente en SAMUEL, R. (ed.): *People's History and Socialist Theory*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1981.

¹²² MIGUEL, J. M. de: *Estructura y cambio social en España*, Madrid, Alianza, 1998.

no se han realizado, y, desde perspectivas actuales, ya no se realizarán. La profecía de la revolución clasista, como reza el tópico italiano, era *ben trovata*, vista su resistencia a desaparecer del tan conservador horizonte historiográfico, pero nunca tuvo la más remota posibilidad de convertirse en verdad tangible. Entonces, ¿qué era lo que estaba sucediendo en la «revolución»? ¿Qué relación tuvieron aquellos polvos con los lodos actuales (dicho sea sin ánimo de ofender)? La circunstancia actual debería inspirar a los historiadores para que miraran atrás con preguntas -incluso conscientemente contrafactuales- y no con las respuestas consabidas. El papel central que la restitución de las instituciones catalanas de los años treinta tuvo en la transición de los setenta, la desaparición definitiva del anarcosindicalismo (excepto por un resto testamentario) y, *last but not least*) el prolongado éxito pujoliano nos deberían indicar las que pueden ser las auténticas pautas de continuidad, escondidas tras el historicismo «frentepopulista» y la espesa retórica nacionalista de los últimos decenios.

Para sintetizar nuestro argumento, el «populismo» catalán nunca tuvo tiempo para cuajar, si es que ello era factible: se trataba de una *demanda* social confusa, que coincidió con la aparición de la Esquerra y del «macianismo» utópico; la armonía entre reivindicaciones y promesas fue sólo coyuntural, una apariencia puntual, que cubría una cacofonía auténtica, de contrapuestas exigencias cruzadas, tan múltiples como la vida misma. La insustancialidad patente de la administración de ERC -cuestión de meses, dado el traspaso de poderes en 1933-1934, la recuperación parcial de éstos con la Lliga en 1935, y luego otra vez la plenitud con Companys de febrero de 1936 en adelante- garantizó que no pudiera ser de otra manera. Tampoco el PSUC, en 1937 o 1938, logró hacerse con una representación más que fugaz o simbólica de esa inquieta demanda «populista», políticamente rudimentaria. Tampoco la CNT-FAI supo darle un encuadre clasista que funcionara o que fuera políticamente más sólido que el marco institucional que retuvo la ERC. Finalmente, el «neo-populismo» negrinista, en la medida en que existió tal cosa, no pasó de ser una proposición oficialista y estatal, que carecía de una demanda política muy clara a la que responder, más allá de la situación desesperada de las armas republicanas.

Repasadas todas las ofertas fallidas, se puede intuir una sociedad civil con vagas pautas comunes y con contradicciones explosivas, incapaz de imaginar plenamente las jerarquías propias de la respon-

sabilidad estatal; un tejido social dominante, en la metrópolis y sus barrios, quebrantado en su interior frente a las exigencias políticas, económicas o sociales que se derivaban de la capitalidad de Madrid, del rol que se creía debería corresponder a Valencia, de las pretensiones contestatarias de las ciudades comarcales catalanas y de las reticencias de los pueblos más cerradamente de costumbre agraria, en especial los de la «montaña» en plena regresión. Desde que, en la segunda mitad del siglo XIX, el crecimiento metropolitano lanzó a Barcelona en su fulgurante carrera como foco delantero de la modernidad europeizante en España frente al inoperante y fatigoso unitarismo centralista, la sociedad catalana se reveló obsesionada, desde todos los puntos de vista, por una unidad anhelada pero ausente (*Solidaritat Catalana*) Solidaridad Obrera, Unión Republicana, Unión Federal Nacionalista Republicana, hasta la réplica de la primorriverista Unión Patriótica). En el balance final, el contexto catalán de apresurado desequilibrio urbanizador pedía lo imposible: ser dotado de una voz colectiva, a la vez representativa y participativa, que expresase la pluralidad y variedad del mismo proceso urbanizador, las inquietas ciudades fabriles frente a la pauta marcada por la capital catalana, los ritmos portuarios mayores y chicos, las analogías y los contrastes entre el barrio barcelonés y el pueblo de comarcas, el suburbio industrial y el distrito central de negocios, la pujante metrópolis económica y la envidiada capitalidad política.

El resultado -dicho crudamente- fue disfuncional, una sociedad que en los años treinta perdió su oportunidad (si así se puede decir) y fracasó, sin poder lograr ni la autodeterminación en tanto que comunidad (o Pueblo), ni la revolución social en función de la clase trabajadora. Aunque precisamente el contexto populista lo negaba, probablemente eran objetivos contradictorios entre sí, como también lo eran la preocupación obrerista por organización y libertad que señaló Halévy; estas ambigüedades de fondo se reflejaron más en la duda que en la certidumbre, ya que eran objetivos que la sociedad catalana medio deseaba y medio temía. Y, *gracias a ese fracaso) la imaginación catalana de la segunda mitad del siglo quedó fijada en una utopía sintética) pero legitimadora) al margen del sistema imperante en España*. No se debe subestimar la fuerza de este mito fundacional tan reciente, que ha garantizado tanto la transición a la monarquía democrática con reconocimiento de la excepcional validez institucional republicana de Cataluña, que fue el gran logro de Tarradellas

en 1977, como el paso al marco contradictorio, a la vez nacionalista y administrativista, reivindicativo del mito republicano y de la tradición católica, que ha marcado las subsiguientes décadas de pujolismo. Mientras tanto, mirado retrospectivamente desde fuera, el sueño revolucionario de Barcelona, ya sin capacidad para alumbrar ilusiones políticas más tangibles, sigue iluminando esperanzas historiográficas, fundamentadas en su experiencia ejemplar como laboratorio clasista.

